This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

~~54. h. 13~~

OS. 12 E. 16

Poesías.

J. Romea

A. M. Esquivel p.º

F. Perez litog.º

Litog.ª de Perez. — Madera 1 1/2

POESÍAS

DE

D. JULIAN ROMEA

MADRID,
IMPRENTA, LIBRERÍA, FUNDICION Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA Y COMP.,
Calle de Jesus del Valle, 6.

1846.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
17 NOV. 1942
OF OXFORD

« . . . . . .
. . . . . .
¡ Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! ¡ No deja
Solo jamás al triste que acompaña;
De su aurora solícito lucero;
Estrella de su noche, que la baña
Con luz, que hasta en su sueño se refleja.
. . . . . .
. . . . . »

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL TIEMPO.

El Tiempo.

Verumtamen in imagine pertransit homo.....
DAVID, *salmo* 38, *vers.* 9.

I.

¡Triste noche solitaria,
A cuyo silencio dulce
El sueño con sus cadenas
El cuerpo del hombre entume!
A tu sombra misteriosa
Mis ojos al cielo suben,
Embebecidos girando
Por sus campañas azules.

Miro ese velo flotante
Que ricos bordan y pulen
Cien encendidos luceros
Con sus inquietas vislumbres.
Miro esos globos de fuego
Cuajando el dosel ilustre
Como rica argentería
Por sus visos y sus luces.
La pura y blanca azucena,
Que erguida en el tallo sube,
De reina de los pensiles
En su brillantez presume;
Mas cuando tu negro manto
Rico de estrellas sacudes,
Avergonzada, sus hojas
Entre su ramaje encubre.
Que en vez de flores terrenas,
Al trono de Dios le cumplen
Sobre su alfombra de cielo
Flores de encendida lumbre.

¡Rica eres, noche! y tu gala
Que el poder de un Dios descubre,
Las grandezas de la tierra
En el hondo polvo sume.
Los imperios que pasaron
Se alzan de sus tumbas lúgubres
Y cual gigantes espectros
A mi pensamiento acuden;
Y sobre ellos tus luceros
Arden en sus altas cumbres,
Como dorados blandones
Sobre inmensos atahudes.

II.

Un tiempo fué, cuando de lauro ornada
De Babilonia la orgullosa frente,
A orillas del Eufrátes asentada,
Rica de gloria la miró el Oriente.

Desde el mágico Edén de sus jardines
Reina feliz se contempló del Asia;
Adormida en sus báquicos festines,
Envuelta en humo de fragante cásia.
Vió sus ricos alcázares cubiertos
De cuanto el lujo imaginó oriental,
Y el encendido sol de los desiertos
Reverberó en sus puertas de metal.
Hoy de reptiles y de escombros llena
Yace de los sepulcros en la calma;
Hoy entre mares de infecunda arena
Se mece allí la solitaria palma.
El pueblo de Israel se vió triunfante;
Docto en la ley, valiente en la pelea :
Cual activo hormiguero pululante
Los campos inundó de Galilea.
El brazo del Señor su frente escuda,
Armas le dió contra el tirano impío,
Y transitable el mar, y en lluvia muda
Cuajadas perlas de vital rocío.

Mas hoy que al peso del celeste azote
Vaga en la tierra la nacion maldita,
Sirve de befa ó de insultante mote
El deshonrado nombre israëlita.
De las altas pirámides aun canta
La inmensa duracion su mármol yerto,
Y la encumbrada cúspide levanta
Centinela gigante del desierto.
Pueblos, reyes, soldados, contemplaron
Pasar y huir desde su antigua infancia,
Hasta el dia en que atónitas miraron
Al gran coloso que abortó la Francia.
Al frente de sus bélicas legiones,
Con el órgullo que la gloria inspira,
Llegó el señor de cetros y naciones
Y ante la vieja mole calla y mira.
Sus miradas en ella se fijaron;
Y al saludarla en militar estilo,
Las tumbas faraónicas temblaron
Y enmudeció su catarata el Nilo.

¡Miradle bien! A Europa dictó leyes :
Fué tal su gloria y sus victorias tantas,
Que el recamado manto de los reyes
Fué tapete humildísimo á sus plantas.
Pues esa voz que respetaba el mundo,
Que no halló nunca á sus mandatos valla,
Hoy en silencio funeral, profundo,
Bajo la losa de la tumba calla.
Tambien vosotras, encumbradas moles,
Trocada en polvo vuestra erguida frente,
Arrastradas sereis tras tantos soles
Del ronco Nilo á la veloz corriente.
Guadalquivir, cuyas sonantes olas
Lánzanse altivas entre arenas de oro
Desde las ricas costas españolas
Hasta las playas del inculto moro,
Al hombre vió que comprendiendo solo
De otra region la oculta maravilla,
Pronto á lanzarse al escondido polo
Saluda al paso á la imperial Sevilla.

De la armada miró, que el puerto abruma,
Henchirse en popa las tendidas velas,
Y encanecerse el mar de blanca espuma
Al zarpar de las largas carabelas.
Aquellas ondas vírgenes sintieron
Por vez primera la cortante quilla;
Bajo su peso atónitas gimieron
Abriendo paso á la remota orilla.
Un mundo ofrece de Colon la mano
De Aragon y Castilla al cetro doble,
Clavando en el confin americano
Del Católico rey la enseña noble.
Y conseguido su gigante empeño,
Y acatando á su rey la indiana gente,
Fué el Atlántico mar cauce pequeño
De sus ricos tesoros al torrente.
El imperio Español de ciento en ciento
Pueblos y reyes á sus piés miraba,
Y ese sol que domina el firmamento
De alumbrar su estension se fatigaba.

Hoy de la libertad el árbol santo
Robusto crece en la region indiana;
Y en aquel suelo que empapara el llanto
La bandera ondeó republicana.
El pueblo de Mahoma en su fortuna
Las playas inundó del mar de Atlante,
Y tremolando la africana luna
Del Tajo al mar, se desplegó triunfante.
Mas hoy, Granada, el árabe entre enojos
Gime en la arena de su ardiente suelo,
Buscando en vano sus cansados ojos
El puro azul de tu brillante cielo.
Al nombre de Granada aun se estremece;
¡Suelo de bendicion y de alegría,
Donde la rosa en el invierno crece
Bajo el sol de su hermosa Andalucía!
Inclina al pecho la abatida frente
Por los soles del Africa tostada :
¿Qué es á sus ojos el tendido oriente
Si una Alhambra hay no mas, y está en Granada?

No se oyen ya los ecos de su zambra,
Que el canto de Israël entró á acallarlos,
Cuando á la faz de la arabesca Alhambra
Su alcázar imperial levantó Cárlos.
¡Carlos! Señor del índico hemisferio,
Y del suelo aleman, y el castellano :
La suerte respetó su inmenso imperio;
Murió feliz; pero *murió* el tirano.

III.

Así del mar de la vida
Allá en los senos oscuros
Duermen las pasadas glorias
Entre el oleaje turbio.
Y los dias, y los años
Deslizándose uno á uno,
Van cayendo de la nada
En el abismo profundo.

Que mientras el hombre goza,
El tiempo vela sañudo,
Y va formando los siglos
Con los perdidos minutos.
Sobre las ruinas sentado
Mira con semblante adusto
Cien y cien generaciones
Que van pasando en tumulto;
Y la que va descendiendo
Con incierto pié caduco,
Vuelve su triste mirada
Desde el borde del sepulcro,
A la que jóven y bella
Levanta el cuerpo robusto,
Lleno el corazon de vida,
Llena la frente de orgullo;
Que no recuerda siquiera,
Embebecida en sus gustos,
Que la acechan implacables
Los ojos del tiempo crudos;

Que como el tigre, la aguardan
Entre las flores ocultos,
Y la van acompañando
Hasta arrojarla en el túmulo.
Y si en su tránsito breve
Por esta tierra de luto,
Monumentos y palacios
Alzar acaso la plugo,
No bien á la hueca tumba
Baja á pagar su tributo,
Sobre ellos su helada mano
Revuelve el tiempo iracundo :
Porque está escrito que, en tanto
Que el orbe siga su curso,
Sobre el hombre y su poder
Cantará el tiempo su triunfo.
Hasta aquel tremendo dia,
En que del clarin agudo
Al sonido temeroso,
Crujan los ejes del mundo :

Cuando el sol hecho pedazos,
De Dios ministro sañudo,
A hacer cenizas los orbes,
Caiga en ardiente diluvio.
Entonces irá el magnate
Que rica corona tuvo,
Rozando su altiva púrpura
Con el pordiosero inmundo:
Entonces, iguales ambos,
Y en su miseria confusos,
Llegarán ante su Dios,
Triste barro, polvo mudo.

Adios al Verano.

SONETO.

Adios, dulce estacion; ya mis dolores
En tí no encuentran esperanza alguna;
Huye con tu belleza y tu fortuna,
Con tus noches de músicas y amores.
Huyan tu limpio cielo y sus primores,
Que plácida retrata la laguna;
Tu sol ardiente, tu tranquila luna,
Y esa tu alfombra de encendidas flores.
¿Qué á mí tus galas ni el aroma tierno
Que por los aires con tu aliento envías
Si no consuelas mi dolor eterno?
Mejor hermanan con las penas mías
Las tristes horas del pesado invierno,
Sus largas noches y lluviosos días.

RECUERDOS.

Recuerdos.

¡Fértiles prados de la pátria mia,
Ricos de flores, de alamedas llenos;
Valles frondosos de apacible sombra,
Campos amenos!
¡Suelo querido, dó entre paz y dichas
Dias felices para mí corrieron!
¿Dónde están, dime, tan hermosas horas?
¿Dónde se fueron?

¿Dónde tus bosques de azahar que al aire
Tienden sus ramos esparciendo olores?
¿Dónde tus fuentes que al invierno mismo
Visten de flores?
¿Dónde tu brisa que al pasar lijera
Templa de julio las ardientes calmas?
¿Dónde su aliento que con blando arrullo
Mece tus palmas?
¡Ya solo queda para mí de tantas
Tiernas memorias el murmullo vano!
¡Dulce gemido que del arpa herida
Suena lejano!
Ese tu cielo, descuidado niño,
Alta la frente, despejada y pura,
Vióme en las vegas que con limpias ondas
Baña el Segura.
Aun me parece que su sol contemplo
Ir tramontando la lejana cumbre,
Roja vibrando en sus postreros rayos
Vívida lumbre.

Víale hundirse; y mis miradas luego
Acia la luna que tras él venia,
Niño inocente, sin saber la causa
Tristes volvía.
Fijos los ojos, suspendido, absorto,
Viéndola hermosa blanquear los llanos,
Sobre mi pecho con amor cruzaba
Ambas las manos.
Mi alma sentía al admirar su marcha,
Siempre seguida de la blanca estrella,
Mil pensamientos cual su luz tranquilos,
Vagos como ella.
Ora en los brazos del dormir, que ansioso,
Tierno guardaba el maternal anhelo,
Leves cruzaban mi dormida mente
Sueños del cielo.
Ora sumido en infantil asombro,
Lleno del ánsia que el dormir aleja,
Cerca del fuego del hogar oia
Ráncia conseja.

¡Ay dulces horas, cuanto dulces, breves!
¡Cuán presto al fondo de la nada huyeron!
¡Cuán presto llenas de amargura y luto
Otras vinieron!
¡Madre del alma, cuyo amante beso,
Dulce, inefable, me halagara un dia!
Ya nunca á verte volverán mis ojos....
¡Ay, madre mia!
Ya de mirarte, venerable anciano,
Nunca á mis ojos volverá el consuelo:
Noble tu alma, entre las almas justas
Vive en el cielo.
Fué, padre mio, tu tranquila muerte,
Fin de una vida de virtudes llena,
De un dia claro, despejado, limpio,
Noche serena.
Nunca mis labios besarán filiales,
¡Triste certeza que mi llaga encona!
La que ceñías de cabellos blancos
Santa corona.

¡Nunca! ¿Quién sabe? Mi sufrir me cansa;
Tal vez muy pronto á su rigor sucumba:
Tal vez muy pronto de la tuya al lado
Se alce otra tumba.
¿Qué hallé en la senda del vivir, Fortuna?
Sueños; ¡ay! sueños, que veloz arruinas:
Flores acaso; mas por cada rosa
¡Cuántas espinas!
Tal vez mis sienes de la ansiada gloria
Frescas las hojas del laurel sintieron;
Frescas venian, y al tocar mi frente
Secas murieron.
Ya no te basta, corazon herido,
Esa corona que tus sueños era;
Ya no te guía la del arte, hermosa,
Santa lumbrera.
Una luz pura, cual la estrella blanca
Que alta en los cielos rutilante gira
Viste á lo lejos, y á su encuentro fuistes;
Era tu Elvira.

Bella y altiva, pero niña tierna;
Rosa galana del florido suelo;
Blanca paloma de amoroso arrullo;
Angel del cielo.
¡Cómo la amaste, corazon, y cuánto!
¡Ay! la ternura que inundó tu vida,
Era en un mundo material y seco
Planta perdida.
¿Qué fué aquel cielo que á tocar llegaste
Y hoy de tí lejos sin piedad se lanza?
¿Qué tus soñadas ilusiones bellas?
¿Qué tu esperanza?
Nube lijera que deshizo el viento;
Flor delicada que secó el estío;
Pobre arroyuelo, cuyas claras aguas
Trágase el río.
¿Y aun entre angustias tu llorar reprimes?
Deja esa lucha donde nunca vences :
Llora, sí, llora, y de tu tierno llanto
No te avergüences.

¿Qué nos importa que nos mire el mundo?
Sufre sus burlas con orgullo y calma :
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.

Otros del arpa las vibrantes cuerdas
Pulsen y canten el poder, la gloria;
Llanto, y dolores, y ternura siempre,
Esa es tu historia.

Y ¡ay del que nunca en sus enjutos ojos
Ese rocío celestial sintiera!
Lástima tenle, que en su pecho abriga
Alma de fiera.

Llora, sí, llora, y que nos mire el mundo ;
Sufre sus burlas con orgullo y calma :
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.

Un Barco.

SONETO.

¡Vedle, allí va; con la cortante quilla
Rompiendo el agua que espumante brota,
Tras nuevas playas de region remota
Veloz se aleja de la patria orilla!
Del ronco mar que asalta su escotilla
Y ambos costados con furor le azota
Al rudo empuje, hasta las nubes bota,
O en el fondo sin fin su casco humilla.
Audaz rompió las importunas trabas
Con que en tu seno, oh mar, hondo, encubierto,
Las encorvadas anclas sujetabas;
Y ora sin senda ni camino cierto,
¡Allá va el barco entre las ondas bravas!....
¡Que Dios le lleve al abrigado puerto!

A MARÍA.

A María.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.

JORGE MANRIQUE.

Vírgen pura, madre hermosa,
Entre todas elegida
Para darle ser y vida
En tu seno al Redentor:
Vuelve tus ojos, Señora,
Vuélvelos al desgraciado,
Que á tus pies llega bañado
En lágrimas de dolor.

Por la frente que adoraba
Pasó el soplo de la muerte,
Y agostada, al polvo inerte
Cayó un instante despues.
Y ora sobre aquella losa
Que cerró la parca insana,
La brisa de la mañana
Mece el fúnebre ciprés.
¿Qué se hicieron sus virtudes?
¿Qué fué de tanta hermosura?
Fué, como en la noche oscura,
Relámpago que pasó;
Y aquel seno de delicias,
Y aquel rostro tan perfeto,
Eran.... un triste esqueleto
Que la honda huesa tragó.
¡La lloran! Pero... ¡y si acaso
Su suerte envidiable fuere?
Mientras lloran porque muere
En su hermosa juventud,

Tal vez cien mundos brillantes
Cruza su mente embebida....
¿Está la dicha en la vida,
O la encierra el atahud?
¡Quién lo sabe! El alma acaso
Dentro del hombre encerrada
En una vida cercada
De lágrimas y ansiedad,
Al romper la estrecha cárcel
Donde á su pesar desciende,
Respira, crece, y se estiende
Por la inmensa eternidad.
Y comprende aquel misterio
Que tanto la confundiera;
Esa creacion primera
Adonde en vano se alzó :
Ve por qué ruedan los mundos
Que pueblan el ancho cielo,
Descorriendo el negro velo
Que á sus ojos lo ocultó.

Desde allí contempla el cuerpo
Que á eterno olvido condena,
Rota la triste cadena
Que existiera entre los dos;
Y de la suprema ciencia
Prueba el inefable goce,
Y entonces se reconoce
Hecha á la imágen de Dios.
No la lloreis, no : dichosa
Mil veces esa belleza,
Que se alzó con su pureza
A la mansion celestial;
Mas bien merece el que vive
Compasion en su quebranto :
Oye, María, su llanto
Que pide alivio á su mal.
Mientras, llamada á tu seno
Por tu justicia infinita,
La madre en el cielo habita
Junto á tu trono de luz,

Mira cuál lloran sus hijos....
Socórrelos tú, María,
Que así llorabas un día
Al pié de la santa cruz.
Jamás negaste tu amparo
A la inocencia que llora;
¡Ah! tú lo puedes, Señora,
Alivia tú su dolor;
Hazlo, vírgen de consuelo,
Por el dolor que sufriste
Cuando en el Gólgota viste
Muerto al hijo de tu amor;
Por su sangre
Tan querida,
De tu vida
Norte y luz,
Y que al hombre
Rescatára
En el ára
De la cruz.

Dos años despues.

SONETO.

Este es el manso rio y sosegado
Que á mi adorada Elvira retrataba;
Aquel el montecillo que se alzaba
De rojas clavellinas coronado.
La senda es esta en que mi dueño amado
En mis amantes ojos se miraba;
Aquí las veras de mi amor pagaba
Con uno y otro beso regalado.
Estos son los de flores guarnecidos
Campos de soledad, cuyas umbrías
Pasar nos vieron con cariño unidos :
Aquí fueron mis dulces alegrías :
Vosotros aquí estais, sitios queridos;
¿Dónde están ¡ay dolor! aquellos dias?

EL PRIMER CÁNTICO DE MOISÉS.

El primer Cántico de Moisés.

« Cantemus Domino, etc. »

¡Cantemos al Señor! Tendió su mano
Sobre el bosque de egipcios capacetes,
Y los arrolla como polvo vano,
Y hunde en el mar caballos y ginetes.
Él es nuestro poder; la grey perdida
Por él feliz y victoriosa vemos;
Él es nuestra salud, él nuestra vida,
Himnos al Dios de Sabaót cantemos.

¡Es nuestro Dios! Eterna en su memoria
Está la suerte de su pueblo fiel :
Es nuestro padre; y su infinita gloria
Publicarán los hijos de Israël.
De Faraon contra la grey precita
Combate el mismo Dios omnipotente,
Y al fondo de las aguas precipita
Carros, y lanzas, y ganado, y gente.
Contra el pueblo de Dios acometieron;
Y vuelto su furor contra sí mismos,
Los escogidos príncipes cayeron
Como pesada peña en los abismos.
El rayo asolador tu mano vibra,
Dios de Israel, y á Faraon lo arroja;
Y el gran prodigio que á tus hijos libra
Del triunfo y de la vida le despoja :
Junto el poder de la nacion impía
Vimos caer á tu furor divino,
Cual hoja seca en tormentoso día
Al ímpetu rodar del torbellino.

Pronto á arrojarse el enemigo bando
Sobre tu pueblo de amargura lleno,
Sus espumosas olas separando
El indómito mar abrió su seno.
« Perseguidlos », sus Sátrapas decian;
Y se arrojaron como tigres bravos;
« Perseguidlos », en coro repetían;
« Vuelvan á ser de Faraon esclavos ».
Y desnudando la cortante espada
Iban diciendo en ronco clamoreo :
« Quede la infame raza esterminada,
» No vea el nuevo sol ningun hebreo. »
Tu santa diestra entonces retirando
Del ronco mar, que reprimido muge,
Las entumidas ondas desatando
Vivos los traga en su tremendo empuje.
¡ Quién como tú, Señor ! Ora apacible
Tus dones viertas como padre tierno,
Ora castigue tu poder terrible,
Siempre eres Dios, maravilloso, eterno.

Cayó ante tu poder el vil tirano,
Y su estéril despecho no desfoga;
Que al vernos libres por tu santa mano
Antes que el agua su furor le ahoga.
Tú lo quisiste, y la enemiga gente
Por tus hijos, Señor, quedó vencida;
Tú lo quisiste en tu infinita mente,
Y ellos verán la tierra prometida.
A atajar en su marcha á los hebreos
Los irritados pueblos se alzarán;
Entonces los altivos filisteos
Cual un tiempo lloramos llorarán.
Entonces temblarán los de Iduméa,
Viendo aterrados con sus ojos fijos,
Rendirse ó perecer en la peléa
De Canaán los asombrados hijos.
Caiga de tu poder el duro azote,
Caiga, Señor, sobre su frente impura;
Tu espada en sangre criminal se embote,
Y niégueles la tierra sepultura.

Huyan, Señor, á la señal primera
Viendo pasar al que tu pueblo nombras,
Como al subir el sol á su carrera
Lanza ante sí las denegridas sombras.
Guíanos tú, Señor; y la cancion
Que nuestras lenguas alzarán allí,
Repetirá en sus ámbitos Sión,
Y en su encumbrada cima Sinaí.
Sí, nos conducirás á la morada
Que alzaste tú para que al mundo asombre,
Donde guardando el arca venerada
Siglos de siglos reinará tu nombre.
¡Gloria, gloria al Señor omnipotente
Que dió en el mar con su poder divino,
Horrible tumba á la precita gente,
Al pueblo de Abraham fácil camino!

Noche sin Sueño.

SONETO.

Al corazon con ímpetu violento
La sangre hirviendo y á torrentes carga,
Y me sofoca, y el aliento embarga,
Y yo propio mis penas alimento :
Partirse el alma entre sollozos siento
Del bien perdido á la memoria amarga,
Y en el silencio de la noche larga
Hora tras hora con angustia cuento.
Y raya el día, y sus albores rojos
Me irritan y acrecientan mi despecho;
Y sigue el corazon con sus enojos
La lucha horrible que desgarra el pecho;
Y al fin, sin una lágrima en los ojos,
Rendido caigo en el revuelto lecho.

EL PASEO.

El Paseo.

A las puertas de Granada,
De altos álamos cubierto
Y de enramadas cercado,
Hay un hermoso paseo,
Por donde entre verdes juncias
El Darro pasa lamiendo
Del alto Vivataubin
Los torreones soberbios.

Cruzan, alegres saltando,
Mil vistosos arroyuelos
Las enarenadas calles
De pomposos limoneros.
No hay volver allí los ojos
Sin hallar con embeleso
Claras fuentes bullidoras,
Y flores en todos tiempos;
Que una primavera eterna
Junta en tan dichoso suelo,
Los claveles del verano
A las rosas del invierno.
Se ve de un lado la vega,
Joya de indecible precio
Que rodean cuidadosos
Como un medallon eterno,
La azulada Sierra-Elvira
Y los apartados cerros,
Entre los cuales hay uno
Que se levanta siniestro;

Es *El suspiro del moro;*
Que así le llamaron luego,
Cuando en su cumbre sentado,
Perdidos corona y cetro,
El Rey chico de Granada
De aquellos sitios amenos
Se despidió sollozando
Para no volver á verlos.
Del otro lado el Veleta,
De encanecidos cabellos,
Alza la frente, y del llano
Señor se contempla escelso;
Que ante la ruda grandeza
De aquel peñon gigantesco
Humillándose cien montes
Le ofrecen trono y asiento;
Blanca corona las nieves,
Las nubes dosel inmenso,
Y verde y tendida alfombra
Los olivares de Huétor.

Era una tarde de mayo :
De las brisas el aliento
Que las flores acaricia
Al pasar manso y risueño,
Y el murmurar de las fuentes,
Y los mágicos gorjeos
De miles de ruiseñores
Que esconde el ramaje espeso,
Y el blando sol, su grandeza
Reclinando placentero
En la trasparente gasa
De un cielo limpio y sereno,
Y el susurro de las hojas
Y el dulce gemir del viento,
Hacian de aquel lugar
Un paraiso en pequeño.
Llenaban las largas calles,
Buscando sombra y recreo,
Las mas hermosas doncellas,
Los garzones mas apuestos;

Cuando seguida de pajes,
Y de sus damas en medio,
La mejor flor de Granada
Llega al alegre terrero.
¡Elvira! ¡Blanca azucena,
Cuyas hojas entreabriendo,
Mimaron las dulces auras
Con enamorado beso!
¡Niña gentil, copia hermosa
De cuanto de puro y bello
Otorgó Dios á la tierra
Para su dicha y consuelo!
El que la luz no haya visto
De sus divinos luceros,
Ni sabe lo que es amor,
Ni tiene idea del cielo.
Esclavos de tantas gracias
Mas de dos viven muriendo,
Que así que la ven llegar
Se la acercan con respeto :

Porque bien la han conocido
A pesar del largo velo
Que avaro encubre las gracias
De su torneado cuerpo.
Todos se muestran ansiosos
De merecer que su afecto
Logre de la hermosa Elvira
Una mirada por premio.
Y alguno habia quizás
Que á sus afanes cediendo
Iba á esplicar en palabras
Sus amorosos intentos,
Cuando entre nubes de polvo
Divisan allá á lo lejos
Un arrojado jinete
Que al aire viene venciendo:
Que arrebatado en las alas
De su impaciente deseo,
Aparecer y llegar
Fueron obra de un momento.

No es maravilla; cabalga
En un tordillo ubedeño,
Que cuando sale al escape
Deja atrás al pensamiento.
Era Abenamet, amante
De la hermosa Elvira, y dueño :
Abenamet, el caudillo
De los bencerrajes tercios.
¡Gallardo venia el moro!
Y es que bien sabe el mancebo
Que las galas y el amor
Andan un camino mesmo.
Túnica corta vestia
Recamada de arabescos
Con tanto primor, que en ella
Es el oro lo de menos.
Rico calzon carmesí,
Bordado de trecho en trecho,
Baja desde la cintura
En anchos pliegues cayendo;

Y donde el calzon remata,
Brilla acicalado y terso
El bien bruñido acicate
Sobre el borceguí turquesco.
En el bonete encarnado
Álzase vistoso, enhiesto,
Airon de pintadas plumas
Que leve se mece y suelto :
Con un broche lo sujeta
De piedras tan ricas hecho,
Que con lo que el broche vale
Se puede comprar un reino.
Traía por todas armas,
Caido al lado siniestro,
El alfanje damasquino
De una azul banda suspenso;
Que es el color que ha elegido
Para la lid y el torneo,
En memoria de unos ojos
Que se le han robado al cielo.

Frente á Elvira se ha parado;
Y contemplando con ceño
Las gentes que la rodean
Está de coraje trémulo.
Los ha conocido á todos
Apenas alcanzó á verlos,
Que cuando miran su mal
Se vuelven linces los celos.
El corazon le está ahogando
Con su relatir violento;
Y asomándose á los ojos
Del alma todo el veneno,
Sin hablar, porque no puede,
Tal está de enojo ciego,
De su cimitarra al pomo
Da con la mano tormento.
Todos se miran al verle,
Que cuadra mal en efecto
Con la amarillez del rostro
La gala de sus arreos.

Él los mira uno por uno,
Y ya, la razon perdiendo,
Iba á estallar espantosa
La tempestad de su pecho;
Pero una dulce mirada
De aquellos ojos de fuego
Viene á decirle amorosa
En lenguaje mudo y tierno :
« ¿Qué te importa á tí, mi vida,
Esa gente y sus estremos,
Si tu nombre idolatrado
El alma guarda en su seno? »
Como nube de verano
Que anunciaba estrago horrendo
Amenazando á la tierra
Con sordo y lejano trueno
Se deshace de repente
Del aire al soplo lijero
Dejando ver otra vez
Limpio el azulado techo,

Así la furia del moro
Se templa y disipa luego,
Que es íris de sus tormentas
Aquel mirar halagüeño.
Enamorado los pasos
Va de su Elvira siguiendo;
De la estrella de sus ojos,
Del sol de sus pensamientos.
A cada vuelta que dan
Se miran de amor ardiendo,
Y cada nueva mirada
Lleva un juramento nuevo.
Y el apasionado mozo,
De felicidad sediento,
Forma para la siguiente
En cada vuelta un proyecto,
Sin reparar entre tanto,
Embebido en su contento,
Que rápido llega y pasa
Con mudas alas el tiempo.

Elvira va á retirarse,
Que la noche á paso lento
Viene ya sobre la tierra
Su oscuro crespon tendiendo.
Precursora de sus sombras
A través del manto negro,
Como un carbunclo encendido,
Brilla la estrella de Venus :
La miran ambos á dos,
Y se miran sonriendo,
Que para los dos amantes
Tiene la estrella misterio.
Y llevando allá en sus almas
El cariñoso recuerdo
De aquella tarde preciosa,
De aquel dichoso paseo,
Vuelven á entrar en Granada,
Cual de Granada salieron :
Él, mas galan que ninguno;
Ella, hermosa como un cielo.

A UN LUCERO.

A un Lucero.

Lucero, que brillas tanto
De los cielos suspendido,
Tan hermoso,
Párate á escuchar el canto
De mi pecho dolorido
Y congojoso.
Yo no sé, lucero mio,
Ni qué busco ni qué quiero;
Sé que lloro,

Y mis suspiros te envío,
Y que en el alma, ó lucero,
Yo te adoro.
En vano el sol orgulloso
La esfera cruza esplendente
En raudo giro;
Que solo hallo el cielo hermoso
Cuando en su azul trasparente
Brillar te miro.
Y cuando tu luz serena
Saliendo va poco á poco
Tras el dia,
El verte me causa pena,
Y el verte me vuelve loco
De alegría.
¿Qué es esto, lucero, dí,
Que yo no puedo esplicar
A mi razon?
Si cifro mi dicha en tí
¿Por qué al verte ha de llorar

Mi corazon?
Sé que eres tú mi consuelo
Cuando en la nocturna calma
Brillas así,
Porque estás fijo en el cielo
Como está fijo en mi alma
Mi amor por tí.
Y estasiado mi cariño
En mil deseos de niño
Se complace;
Y el alma vuela á tu altura
Y en purísima ternura
Se deshace.
Pero al llegar á adorarte,
Y al recordar que no puedo
Siempre verte,
La alegría de mirarte
Se envenena con el miedo
De perderte.
Y mil sueños voy formando

Que inquietos van resbalando
Por mi mente;
Y mi corazon delira,
Y enamorado suspira
Tiernamente.
Y repasando angustiado
Sus breves dichas y pocas,
Le hacen latir
Recuerdos de lo pasado,
Vagas esperanzas locas
Del porvenir.
Gracias á la noche amiga
Que consuela mis enojos
Con amor,
Mientras que ¡Dios la bendiga!
Llorar permite á mis ojos
Sin rubor.
Y me da sus auras frias,
Y su mágico reposo,
Y sus olores;

Y sus vagas armonías,
Y el susurro delicioso
De sus flores.
Y el arroyo murmurando
Va entre rosas deslizando
Su corriente;
Y el aire el jardin oréa
Y los árboles menéa
Mansamente.
Y los besos palpitantes
De las tórtolas amantes
Oigo inciertos;
Y á mí llegan regaladas
Las brisas embalsamadas
De los huertos.
Y en tanto tu luz serena
Saliendo va poco á poco
Tras el dia;
Y el verte me causa pena,
Y el verte me vuelve loco

De alegría.
Y no sé, lucero mio,
Ni qué busco ni qué quiero,
Sé que lloro,
Y mis suspiros te envío,
Y que en el alma, ó lucero,
Yo te adoro.

A Elvira.

SONETO.

Yo te idolatro si en tu linda cara,
Dulce y risueña, mi fortuna auguro :
Yo te idolatro si tu ceño duro
En brazos del dolor me desampara.
Si un ángel fuese dable que engañara
Y burlases mi fe con labio impuro,
Por ser tuya no mas, yo te lo juro,
Tu misma ingratitud idolatrara.
Si el cielo, el mismo cielo, Elvira mia,
En su libro inmortal escrito hubiera
Que yo te tengo de olvidar un día,
Mi corazon al cielo desmintiera;
Y este amor, que sus fallos vencería,
Lo propio que escribió borrar le hiciera.

UNA NOCHE EN LA ALHAMBRA.

Una noche en la Alhambra.

MEDITACION.

I.

¡Silencio y soledad! Todo en el suelo
Calla y reposa; el llanto y los placeres.
Bajo el azul del granadino cielo,
Noche de bendicion ¡qué hermosa eres!
A tu sombra dulcísima, tranquila,
Ese murmullo de la clara fuente,
Que bulle y salta de la blanca pila
¡Cómo refresca el corazon doliente!

Tu dulce brisa que el jardin oréa,
Vuela, el aroma de la flor llevando;
Blandamente los árboles menéa
Entre sus blancas hojas suspirando.
Y al respirar tu embalsamado aliento
Inciertas oigo entre las brumas frías
Vibrar y huir, perdiéndose en el viento,
Cien mágicas lejanas armonías.
¿Es del arcángel el sonoro vuelo?
¿Es el eco del mundo que retumba?
¿Es que suspira el adormido cielo,
O que se queja la olvidada tumba?
¡Quién lo sabe? Tal vez los que murieron,
Asomados al borde de la huesa,
El mundo de miseria en que vivieron
A través miran de tu sombra espesa.
Una lágrima acaso de amargura
Ardiente sube hasta sus ojos yertos,
Y no envidian del vivo la ventura
Desde sus tumbas cóncavas los muertos.

Quizá la sombra de Alamar errante
Por ese alcázar asombrada vuela
Al ver la enseña de la cruz flotante
Sobre la antigua torre de la Vela.
«¿Qué es del danzar entre el alegre ruido
» Del canto y los metálicos lelíes,
» Al pié del arrayan entretejido
» Con guirnaldas de rosas y alelíes?
» ¿Qué se hicieron los sabios del Oriente?
» ¿Qué se hicieron las huestes granadinas?
» ¿Era vencible tan guerrera gente?
» ¿Qué lanza atravesó sus jacerinas? »
Y ni un sonido su tormento templa;
Solo el viento en los ámbitos suspira;
Donde las lunas vió, la cruz contempla;
Donde antes el *Coram*, la *Biblia* mira.
Y corre y gime, y á sus hijos llama,
Y cuanto escucha y ve su mente ofusca,
Y sus miradas ávidas derrama
Sin encontrar lo que anhelante busca.

Y los lugares con horror dejando
Que conquistó su triunfadora espada,
Vuelve á la tumba con dolor gritando:
«¡Ay, mi cielo español! ¡ay, mi Granada!»
Allí do un dia contempló luciente
La mansion de los Césares el Lacio
Levanta acaso la empolvada frente
La noble sombra del valiente Horacio.
Y al llevar sus pisadas silenciosas
Al Capitolio, que humilló el destino,
Busca en vano las haces victoriosas,
Padron glorioso del valor latino.
Y gime, y llora con dolor profundo
Al ver á Roma tan de sí olvidada:
La antigua Roma, emperatriz del mundo,
Bajo el yugo levítico postrada.
Los ilustres blasones despedaza
Que conquistó sobre el cortado puente,
Y al contemplar su envilecida raza
Hunde otra vez la avergonzada frente.

Genio infernal en el Pirene alzado
Sus ojos abre en desdichado dia,
Y á los nevados picos asomado
Feroz los tiende por la patria mia.
De paz y gloria el porvenir dichoso
Que aguarda á España su rencor provoca,
Y su anatema lanza, y pavoroso
Repitiéndose va de roca en roca.
«El recio son de la animada trompa
» Escuche España con espanto mudo;
» Truene el cañon, y que los aires rompa
» Del ronco batallar el choque rudo.
» Los arados en lanzas y en arneses
» Tus irritados hijos trocarán :
» Con sangre humana crecerán tus mieses;
» Con sangre humana amasarás tu pan.»
Dijo; y alzando fúnebre alarido
La discordia fanática corria :
Del cañon de Arlaban al estampido
El cañon de Luchana respondia.

Y allá en la hora en que el mortal sosiega
El militar estrépito retumba,
Y vibrador y resonante llega
De nuestros padres á la hueca tumba.
Y alzándose en su fúnebre recinto
Gimen al ver desde su frio lecho
En española sangre el suelo tinto
Desde la mar cantábrica al estrecho.
No hay duda, no: los hombres que pasaron
Por permision de Dios vuelven al mundo
A ver la nada que inmortal juzgaron,
Y humildes lloran con dolor profundo.
Y entonces es cuando en los aires suena
Hondo gemido que doliente gira
De la esclava Sion á Santa Elena,
De las ruinas de Itálica á Palmira.
Y ¡quién sabe! Mil veces ¿no pensamos
Ver una sombra deslizarse incierta,
Y si es delirio del soñar dudamos,
O realidad de la razon despierta?

Quizá su paso entre la noche oscura
No es ilusion que nuestra mente encierra;
Es que una mano abrió su sepultura;
Es que gritó una voz : «Sal de la tierra;
» Sal, y del hombre por su Dios maldito
» La dulce calma y el dormir ahuyenta,
» Y la imágen feroz de su delito
» En tremenda vision le representa.»
Llega, y le hiela con su mano fría,
Y del cobarde corazon escucha
El hondo relatir y la agonía,
Con la que el triste jadeante lucha.
En tanto el justo en su tranquilo lecho
De bellos íris lo futuro tiñe :
Baja la calma á su inocente pecho,
Y con sueños de paz su frente ciñe.
Sí, noche, tú eres grande, tú eres bella,
Por mas que intente disputarlo el día :
No trueques, no, por tu menor estrella
Su rutilante sol y su alegría.

Si él hace alarde de su lumbre pura,
Ostenta, ó noche, tu blason tambien;
Recuerda al mundo que á tu sombra oscura
El hombre Dios apareció en Belén:
Que le viste de arcángeles cercado
De vida y gracia derramar la luz,
Y alzar entre el Eterno y el pecado
Como enseña de paz la santa cruz.

II.

Sí, noche, sí, tú eres grande
Con tu silenciosa pompa,
Y ese tu manto magnífico
Que mil luceros tachonan.
Entre esos hombres que bullen,
Y se agitan y se acosan,
Y van en monton pasando
Con algazara espantosa,

Hay almas puras, ardientes,
Centellas abrasadoras,
A la tierra desprendidas
De la divina aureöla.
Esas á la luz del sol
Sufren en silencio y lloran....
¡Triste del que un alma igual
Dentre de su pecho esconda!
Ante los hombres sin fe
Sonríe tal vez su boca,
Mientras que en horrible calma
Su amargo llanto devora.
Sí, porque el mundo desprecia
A aquel que soñando goza,
Y porque no los comprende
De sus delirios se mofa.
Y altanero le escarnece,
Y ni aun compasion le otorga,
Y *pobre loco* le llama
Con sonrisa desdeñosa.

Su nido así la amargura
En su corazon ahonda,
Como el buitre carnicero
El suyo cava en la roca.
Pero cuando el mundo yace
En inaccion perezosa,
El artista entusiasmado
Vaga entre sueños de gloria;
Y espíritu todo entonces,
Deja las humanas formas,
Y hasta el cielo le arrebata
La inspiracion creädora.
Y recorriendo con ansia
Una region, y otra, y otra,
Por sendas desconocidas
A los que en la tierra moran,
Torrentes de luz vadea,
Y sus ojos la soportan,
Y en el mundo de los ángeles
La osada planta coloca.

Y allí, alcanzando una idea,
Y adivinando las otras,
A través del porvenir
Grande y creador se arroja :
Que las adivina allí,
Como en la selva sombrosa
De las flores que no ve
Siente el regalado aroma.
Así entre sueños sublimes
Del alma adivinadora
Vió su *Quijote* Cervantes,
Vió Rafael su *Madonna;*
Y así, á asombrar á los siglos,
De entre tus espesas sombras
Salió *un Pasmo de Sicilia,*
Un pintor de su deshonra.

EL DUELO.

El Duelo.

I.

Hanme contado, Aben-Zaide
(Y no digas que es mentira),
Que en tanto que yo ayer noche
Como soldado cumplía;
En tanto que yo, ceñido
De las duras coracinas,
Al frente de mis jinetes
La ancha vega recorría,

De galas y oro cubierto,
Y entre músicas y risas,
En los salones del rey
Danzabas tú con Elvira.
Silencio, y no me repliques
Ni te escuses todavía,
Que ni eso es lo que me ofende
Ni nada en ello me admira.
Cumpliendo estábamos ambos
Nuestra obligacion precisa,
Y cada cual donde estaba
Su digno puesto tenía :
Tú entre danzas y mujeres
Vestido de telas ricas;
Armado y al frente yo
De las huestes enemigas.
Hanme contado, Aben-Zaide,
Que, la danza concluida
(Yo no sé cómo contengo
Los impulsos de la ira),

Al dejar en el escaño
A Elvira (audacia inaudita),
Besar osaste la mano
Que la llevabas asida.
Silencio; y oye primero
Que con palabras mentidas
Me respondas, cuánto cuesta
Lo que robó tu osadía.
Yo que abrasado en sus ojos
La adoro con alma y vida,
Y que por ella mi sangre
Gota á gota verteria;
Yo, á quien dijo su fortuna
Mas de una dulce sonrisa,
Besar su mano de nieve
Solo me atreví á pedirla,
Cuando tras ruda batalla
Mi noble corcel venía
En sangre cristiana tinto
Del duro casco á la cincha;

Cuando, de rodillas puesto,
Mi amante mano ofrecía
Tapete humilde á sus plantas
Las banderas de Castilla :
Cuando los esclavos truje
Hechos por mí en lid reñida,
Y los obligué á adorarla
Puestos cual yo de rodillas.
¡Y cuenta con mis esclavos;
Que entre ellos venir solian
Toledos, Sanchos, Manriques,
Tellos, Laras y Garcías !
Y tú, vil advenedizo,
Cuyas hazañas se cifran
En bailar galán la zambra
O en correr bien la sortija;
Tú que, cuando el rey Fernando
A nosotros se avecina
Y sobre Granada viene
En rudo son de conquista,

Sordo á la voz de la patria
En palacio te retiras,
Y vírgen la mano tienes
Del alfanje y de la pica,
¿Has presumido arrogante
Que á tanto llegar podias,
Y que yo tu vil ultraje
En silencio sufriria?
Pues, vive el cielo, que en pago
De tu villana perfidia,
Cuanta sangre hay en tus venas
Hoy mi rencor necesita.
Silencio, silencio, digo;
No quiero oir tus mentiras :
Al campo, que estos asuntos
Con las armas se ventilan.
Al campo ya, si no quieres
Que esa lengua vil, inicua,
Te arranque mi propia mano
Dentro de la Alhambra misma.

Esto Abenamet furioso
Y en roncas voces decia,
Con el alma enamorada
De negros celos partida :
Y en busca de un sitio oculto
Del Jenil en las orillas,
Donde acabar la querella
Al alfanje remitida,
El valiente Abenamet,
Y Aben-Zaide el de Sevilla,
La calle de los Gomeles
Bajando van, y de prisa.

II.

Cantaban los ruiseñores
De la espesura en el fondo
Sus tiernas quejas diciendo
En bien acordados tonos :

Mil pájaros que lo escuchan,
De aquel trinar envidiosos,
En silencio van llegando
Saltando de un ramo en otro.
Las frescas auras del valle
Suben esparciendo en torno
Los olores regalados
Del azahar y el aromo,
Meciendo al pasar las hojas
De los álamos añosos,
Que á sus caricias responden
Con lento zumbido y sordo.
Trémulo el sol brilla apenas
En las puntas de los chopos,
Tiñendo las pardas nubes
De roja púrpura y oro;
Y allá, á lo lejos, se escucha
El murmurar misterioso
Del claro Jenil, que corre
A precipitarse al soto.

Por la espalda del Otero
En su carro silencioso
Poco á poco va asomando
La blanca luna de otoño :
Y brillan luces lejanas,
Y del valle en lo mas hondo
Confuso y vago se pierde
El canto de los colonos;
Y callan los ruiseñores,
Calla de la brisa el soplo,
Y va la noche cerrando,
Y todo es calma y reposo ;
Cuando el silencio profundo
Viene á interrumpir de pronto
De algunos hombres armados
El pisar firme y brioso ;
Y deben ser caballeros;
Que el ruido limpio y sonoro
De las espuelas de un noble
No se confunde con otro.

«Aquí ha de ser», uno de ellos
Con acento rencoroso
Dice, y se para : «En buen hora,
Otro dice; no me opongo.»
Avanzan los que han hablado,
La mano diestra en el pomo
De las hojas damasquinas
Que se hallan mal en el ocio :
Un breve instante se miran,
Y embistiéndose furiosos,
Menudas chispas y ardientes
Lanzan los alfanjes corvos.
Las finas cotas rechazan
Los rudos golpes y prontos
Que al corazon enemigo
Cada cual dirige ansioso;
Y á cada golpe perdido
Acrecentando el encono,
Se estrechan mas y se acosan
Con desesperado arrojo.

Nunca es muy largo un combate
Que manda y dirige el odio,
Y al fin remata la lucha
Un ¡ay! reprimido y corto.
Sigue un instante lijero
De confusion y alboroto,
Que pasa, y á reinar vuelve
El alterado reposo.
Y en tanto que Abenamet,
Y sus padrinos en torno,
Cruzan la vega al galope
De sus cordobeses potros,
Con una herida en la frente,
Y con el alfanje roto;
Con el pesar en el alma
Y la vergüenza en el rostro,
Aben-Zaide el de Sevilla,
Apoyándose en los hombros
De sus gentes, á Granada
Bajando va poco á poco.

A Elvira.

SONETO.

Su curso el sol detiene embebecido
Por contemplar, mi Elvira, tu hermosura;
Y al pisar de los campos la verdura
Brota la flor bajo tu pié pulido :
Cantas, mi Elvira, tú, y huye corrido
El ruiseñor del bosque á la espesura;
Y envidian de tu aliento la dulzura
Las blandas auras del jardin florido.
Ven, ángel mio, ven, mi flor galana;
Tú sola calmas mi angustioso anhelo;
Los dulces bienes que tu labio mana
Bajando en tus palabras de consuelo,
No pensamientos de la mente humana,
Recuerdos son de tu querido cielo.

MI ESPERANZA.

Mi Esperanza.

¡Qué calor! arde mi frente :
Solo se escucha el zumbido
De las ramas, y el rüido
Que hace corriendo la fuente.
Y cuando todo está muerto,
Mudo, yerto,
Álzase sola mi alma
Cual la solitaria palma
De la arena del desierto.

Noche, á tu mansion umbría
Desciende ya presurosa;
A tu sombra silenciosa
Suceda el alegre día.
¿Qué es á mis ojos tu encanto,
Ni ese manto
Rico de estrellas que ostentas,
Si con tu silencio aumentas
De mi corazon el llanto?

¿De qué me sirve admirar
De cien mundos luminosos
Los misterios tenebrosos,
Y asombrado contemplar
De la luna la carrera,
Que en la esfera
Brilla cual sello luciente
Que la mano omnipotente
En los cielos imprimiera,

Si al quererse levantar
El alma hasta el alto asiento
Del sol, y del firmamento
Los misterios aclarar,
Húndese al fin despechada
De la nada
Hasta el abismo sin suelo,
Con el triste desconsuelo
De ver su ambicion burlada?

Sed ardiente que me abrasa;
Inmenso vacío, eterno,
Para quien es del infierno
El fuego imágen escasa:
Yo del amor las primicias,
Sus delicias
Para saciarte busqué,
Y sed y amargura hallé
En sus traidoras caricias.

Encontrar vida creyó
En su pasion delirante
Mi pecho, y un solo instante
Placer celestial gozó :
Así la flor delicada,
Que inclinada
En el dolor se mecía,
Abre su cáliz al día
Del aire puro halagada.

Yo la ví; mi corazon
La creyó luz de su vida;
Mas pronto la fementida
Esta mágica ilusion
Con la traicion desgarrára
Que ocultara
Bajo su cándido velo :
Angel la adoré del cielo,
Y solo mujer la hallára.

¿Qué me importa? ¡Maiquez! ¡Talma!
¡Veneracion de los hombres!
A vuestros gloriosos nombres
Se agita ardiendo mi alma.
El arte en este vacío
Mudo, frío,
Y en mis dias de dolor,
Como la aurora en la flor,
Derramará su rocío.

Cuanto en su mente encendida
Hubo el poeta creado,
Por él ve el hombre asombrado
Tomar á sus ojos vida.
Y cien nombres olvidados,
Sepultados
Entre los siglos sombrosos,
Por él renacen gloriosos
A las tumbas arrancados.

Por él de la fe el sosten
Veo en Oriente lidiando,
Y en sangre infiel empapando
Las arenas de Salén :
Veo la hueste briosa
Victoriosa,
Cuyo ondeante crestón
Miró en sus muros Sión
Al plantar la cruz gloriosa.

¡Libertad! y al resonar
Por él tu voz prepotente,
¿Dó está el mortal que no siente
Su corazon palpitar?
Renueva allí la memoria
De la gloria
Y las preces alcanzadas
Con sangre libre grabadas
En las hojas de la historia.

¡Arte hermoso, celestial!
Un Talma, un Maiquez creaste,
Y al orbe entero asombraste;
Y de su gloria inmortal
Su edad dichosa llenando,
Rebosando
No á contenerla bastó,
Y en los siglos la vertió
La eternidad inundando.

¡Maiquez!... ¡Talma!... fuera en vano
Aspirar á tal memoria;
Mas de las hojas de gloria
Una descienda á mi mano
De esa corona querida
Desprendida;
Venga á refrescar mi frente,
Y baje luego á occidente
El postrer sol de mi vida.

A ELVIRA.

A Elvira.

CANCION.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Llegar el triste y solitario dia
Que diera amargo fin á mis amores?

GARCILASO.

¡Angel de mis amores,
Flor escogida entre las mil que el valle
Alfombran de colores;
Palma gallarda de gallardo talle,
De los árboles reina y de las flores!
¡Bellísima azucena,
Para mi corazon muy mas hermosa
Que una noche serena
Con su luna de plata, silenciosa,
De frescas auras y perfumes llena!

¿Quién no ha de amar, señora,
De esos ojos el lánguido destello,
La que el carmin colora
Cándida nieve de tu rostro bello
Donde amor sus delicias atesora?
Tú eres la luz, bien mio,
Que mis ojos alumbra, y me dirige
Por este valle umbrío;
Con tu penar mi corazon se aflige,
Lloro si lloras, con tu risa río.
Y es tu voz el arrullo
De la tórtola amante á mi cariño,
¡Oh entreabierto capullo,
Blando como el recuerdo del murmullo
Del manso arroyo en que jugaba niño!
¿Quién como yo dichoso
Cuando tu mano con mi mano ruda
Apretaba afanoso,
Y en tu hermosura me miraba ansioso,
Fijos los ojos y la lengua muda?

Siempre que así me veas,
Sin hallar voz á mi pasion bastante,
Y en mis ojos lo leas,
El alma entonces, como nunca amante,
Te dice con amor: « Bendita seas. »
¿Quién nos dijera, Elvira, ángel divino,
Cuando íbamos pisando aquel de amores
Misterioso camino,
Que habíamos de ver tan bellas flores
Al ímpetu rodar del torbellino?
¡Cuando á tal dicha poca
El alma embebecida en tu hermosura,
Y enamorada, y loca,
En un mar se bañaba de ternura
A cada beso de tu linda boca!
¿Dónde estais, regaladas
Caricias de su amor, y tan queridas....
Con tanto amor pagadas?
Por la noche del tiempo vais perdidas....
¡Ay dulces horas por mi mal pasadas!!!

¿No es cierto, vida mía,
Que no hay mayor dolor, pena mas dura,
Que la memoria impía,
En las horas de llanto y amargura,
De la que huyó dulcísima alegría?
¿Qué habrá, dí, que no sea
Para mi corazon pena y enojos
Donde el triste no vea
La clara lumbre de tus claros ojos
Y en tu dulce mirar sus glorias lea?
Muriendo irá como la flor, que roja
Mientras la besa el aura matutina,
Y el rocío la moja,
De los vientos al ímpetu se inclina
Que llevándose van hoja tras hoja.
Y cuando el alma mía
Cuenta las horas de mayor quebranto
Que han de llegar un día,
Al rostro sube abrasador el llanto
Que palpitante el corazon le envía.

Y tras tantos desvelos,
Y porque nada á acrisolarle falte,
Este amor de los cielos
Sintió tambien en su pulido esmalte
La envenenada punta de los celos.
Sí, cuanto el alma acoge
Es á través de su celoso prisma;
Y no, mi bien, te enoje,
Pero los tengo de mi boca misma
Cuando tus besos y su miel recoge.
¡Celos!... Dolor villano
Que al puro amor se atreve, y que le agita
Con incansable mano,
Mientras el corazon lucha y se irrita
Del dardo punzador tirando en vano.
¡Celos!... sí, me devoran,
Y el apretado corazon estalla,
Y ambos mis ojos lloran,
Si pensamientos que la lengua calla
Acuden á mi mente y la acaloran.

Pero en vano se lanza
Traidora sierpe á devorar ansiosa
La flor de mi esperanza,
Que con su lengua vil y ponzoñosa
Hasta tu sol clarísimo no alcanza.
Pues nunca una rastrera
Sospecha de tu fe mi amor llagara,
Ni el alma la acogiera,
Que no tanto, mi bien, te idolatrara
Si ángel de perfeccion no te creyera.
Y eres la luz, bien mio,
Que mis ojos alumbra, y me dirige
Por este valle umbrío;
Con tu penar mi corazon se aflige,
Lloro si lloras, con tu risa río.
Adios, cancion llorosa,
Hija de mi dolor y mi quebranto;
Adios, y presurosa
Vuela á llevar de mi amoroso canto
El eco triste á mi adorada hermosa.

Y si baja una lágrima al abrirte
De los ojos que el alma me robaron
Sus penas á decirte,
Muéstrale tú las mias que arrugaron
Lo terso del papel al escribirte.
Díle, cancion sentida,
Que la flor de mi amor pura y lijera,
Por el amor mecida,
En eterna esmaltada primavera
Al alma amante vivirá prendida.
Que porque nunca ceda
Ni del dolor se incline al viento ronco,
Ni él deshojarla pueda,
Para regar su delicado tronco
Ancha fuente de lágrimas me queda.

A la tumba de Calderon,

El dia despues de la muerte de Espronceda.

SONETO.

Perdona, Calderon, si lleva inciertas
Mis voces hasta tí la pena mía,
Que traigo á saludar tu tumba fría
Hondas heridas en el alma abiertas :
La avara sepultura abrió sus puertas,
Y el noble amigo que mi amor tenia,
Que yo abrazaba cuando Dios queria,
Ya no me tiende, no, sus manos yertas.
Acoge tierno en la morada santa
Al sol caido en su lozana aurora;
Díle que solo en desventura tanta
Lágrimas tengo que ofrecerle ahora :
Que si al recuerdo del dolor se canta,
Ante la causa del dolor se llora.

ROMA MODERNA.

Roma Moderna.

Traducida libremente de Fulvio Testi.

¡Roma infeliz! ¡En torno al Aventino,
Lágrimas derramando de tristeza,
Buscando vas los restos de grandeza
Que te legara el esplendor latino!
Y con desdén piadoso, mientras mira,
Donde un teatro, un templo levantarse
Solian, al rebaño apacentarse,
Contigo el alma de dolor suspira.

Sobre esas piedras, do tu gloria asoma,
La edad presente con vergüenza escriba:
«Mia es la culpa de que ya no viva
»Quien digno sea de la antigua Roma.»
Guarda en columnas y arcos mas de un signo
Del antiguo valor alta memoria;
Mas ¿dónde está quien por su propia gloria
De arcos hoy sea y de columnas digno?
Tu virtud y tu aliento generoso
El ocio y la lascivia asesinaron,
Y ni reparas ya que te cambiaron
En pobre mirto tu laurel glorioso.
Entonces eran, Roma, tus usanzas
Endurecerte con la lucha, el salto,
Domar corceles, ó en brioso asalto
Ballestas encorvar y blandir lanzas.
Hoy el espejo tu gentil presencia
Retrata, y tus cabellos bien rizados;
Hoy arrastran tus mantos recamados
De tus abuelos la sagrada herencia.

Hoy de sus gomas los olores finos
A perfumar tu seno Asiria manda;
Hoy, tu cuello á enlazar, destina Holanda
Estrañas telas y delgados linos.
Corre en tus mesas espumante y leve
El estranjero vino delicioso,
Y su ardor estivál y vigoroso
Siente el Falerno suavizar con nieve.
Llegan para tus cenas á millares
Del Africa magníficos presentes,
Y olorosos se ven en áureas fuentes
Humear peces de lejanos mares.
No eres la Roma ya que contemplaba
Sus labradores cónsules juntarse;
Que en tosco solio vencedor sentarse
Agreste y duro al dictador miraba.
Aquellas manos rudas que supieron,
A la par que sus bueyes aguijaban,
Fundarte un reino, triunfador alzaban
El estandarte que inmortal hicieron.

Ya de tanta grandeza la memoria
Apenas queda; y la enemiga suerte,
Que á tu valor y á tu virtud dió muerte,
Con enconado afán pisa tu gloria.
Y ¡ay! si de ese letargo en que hora yace
Italia no despierta! ¡Guarda el día
De hacerlo á la salvaje gritería
Con que entonen su triunfo el Persa, el Trace!

A LA LUNA.

A la Luna.

¡Hora de bendicion, tranquila noche!
Tú acallas el estruendo mundanal;
Cierra la rosa su encendido broche
Al rayo de la luna virginal.
El tierno amante los umbrales pisa,
Do le conduce su abrasado ardor:
Lleva en sus alas la sonante brisa
El suspiro encendido de su amor.

¿Qué eres, ó Luna? Dí; córrase el velo:
¿Dominas tú la celestial region?
La augusta mano del Señor del cielo
¿Te puso allí cual eternal padron?
¿Fué acaso un tiempo, en que dorada, hermosa,
Venías tras el sol á derramar
Brillante luz desde tu faz gloriosa,
Y eterno dia al universo á dar?
Quizá en sus negras ondas turbulentas
El diluvio tus senos anegó,
Y el lívido esqueleto hora presentas
De un mundo de miserias que acabó.
Allí te puso el brazo de Dios fuerte
A alumbrar nuestra tierra de dolor,
Cual la pálida antorcha de la muerte
Que luce entre sepulcros sin calor.
¡Cuántos sucesos de perenne gloria!
¡Cuántos de luto, sangre y mortandad
Viste pasar, y huir, y su memoria
Del tiempo hundirse allá en la eternidad!

Trémulo el rayo de tu escasa lumbre
En noche aciaga comenzó á brillar,
Y allá miró del Gólgota en la cumbre
Al Redentor del mundo agonizar.
La sangre vió que al pecador rescata,
Que la mano del hombre derramó,
Y que cual ancha inmensa catarata
En sus verdugos la salud vertió.
Velada en nubes de venganza llenas
Tu faz ante el mortal despareció,
Cual entre sombras se dibuja apenas
El velo de la vírgen que pasó.
Tú contemplaste al godo capacete
Por do quiera sus glorias estender,
Y en la orilla del triste Guadalete
Hundirse entero el gótico poder.
Yelmos, y lanzas, y turbantes viste,
Y relucientes petos abollar :
Sobre los grillos pálida luciste
Que costó siete siglos quebrantar.

Tu rayo temblador allá en el Sena
Al *Hombre de los siglos* alumbró;
Tu rayo temblador en Santa Elena
Sobre su calva frente reflejó.
Su inmensa gloria se estendió luciente,
Y de ella viste el mundo rebosar;
Mas toda allí se recogió en su frente,
La viste alzarse y al cenit tocar.
¡Cuánto Madrid te presentó lidiando,
Cuánto de sangre fúnebre matiz
Cuando inerme la vistes y triunfando
De los héroes de Jena y Austerliz!
Rios de sangre el patriota vierte,
Rios de llanto vierte la beldad;
Y de la noche en el silencio inerte
Retumbó el eco.... ¡Patria y libertad!
Desde la altura en que tu asiento encumbras,
Donde pálida luces sin calor,
Tal vez la frente virginal alumbras
De la hermosa que causa mi dolor.

Quizá los ojos do me ví abrasado
En tí, cual yo, detienen su mirar;
Quizá al recuerdo del amor pasado
Una lágrima brota á su pesar.
¡Qué! ¿su mirada y la mirada mia
Se encontraron al fin?... ¿No es ilusion?
No se lo digas, no.... ¡la apartaría!!!
¿Déjamela gozar por compasion!
Solo si ves que acia su lecho blando
Se va, pensando por mi dicha en mí,
Mis lágrimas en ella reflejando,
Díla.... *ese llanto se vertió por tí.*

LA FLOR DEL VALLE.

La Flor del Valle.

Para un album.

Héla allí; pintada, hermosa,
De capullos rodeada,
Tierna flor de la llanura,
Orgullo de la mañana.
Encanto y aroma ofrece
Al caminante que pasa,
Y que sin verla siquiera
Su tierno tallo desgaja.

Y si tal vez la perdona,
Y ella se levanta ufana
De haber siquiera alcanzado
Su desdeñosa mirada,
El sol de julio la quema
O el huracán la arrebata,
Y al abrir su cáliz muere
La pobre flor solitaria.
Así la cándida vírgen,
Con razon apellidada
Dulce aroma de la vida
En este suelo de lágrimas,
Lleno el corazon de amor
Y risueñas esperanzas,
Al hondo mar del vivir
Se abandona confiada;
Mas ¡ay! que al alzar su frente
Fresca, brillante, lozana,
La mano del hombre seca
La pura flor de su alma.

Sin piedad á su dolor
Las tiernas hojas arranca
Que el viento de la amargura
Una por una arrebata.
¡Ay! no llegue para tí
La tempestad desatada :
El camino de la vida
Cruza en eterna bonanza;
Y acaricien blandamente
La rica flor de tu alma,
La noche con su rocío,
Con su murmullo las áuras.

SONETO.

Traducido libremente del Petrarca.

Bendito sea el año, el mes, el día,
Y la estacion, y el tiempo, el punto y hora
En que ese tu mirar, gentil señora,
Robó mi libertad y mi alegría;
Bendito aquel afán que el pecho heria,
Y el no menos cruël que siente ahora,
Y los dolores todos que atesora
En su seno mas hondo el alma mia.
Y bendita mi voz cuando se emplea
En proclamar tu nombre idolatrado
Entre los sueños que el delirio crea;
Y en mis años mejores derribado,
Que mi muerte tambien bendita sea
Si ella te hace feliz, dueño adorado.

LAS FLORES SECAS.

Las Flores secas.

¡Ay dulces prendas por mi mal halladas!
¡Dulces y alegres cuando Dios queria!
¡Juntas estais en la memoria mia,
Y en mi muerte con ella conjuradas!
GARCILASO.

¡Secas ya! ¡Todo acabó!
La gracia que os adornó
Ya no es mas que polvo inerte:
¡Tambien su mano la muerte
Sobre vosotras pasó!
¿Quién me dijera algun día,
En mis horas de alegría,
Que tan pronto ¡ay sin ventura!
Con lágrimas de amargura
Estas hojas regaría?

¡Pobres flores! ¡cuál sus huellas
Imprimió el tiempo sobre ellas!
¡Ay recuerdo doloroso!
¡Tambien era yo dichoso
Cuando erais vosotras bellas!
Feliz el alma al guardaros
Olvidaba el tiempo leve,
Y al venir hoy á besaros,
Frescas pensaba encontraros,
Tal le ha parecido breve.
¡Ay! ¡no le medía, oh flores,
Por esos dias amargos
Que mataron mis amores,
Lentos como mis dolores,
Como mis afanes largos!
Mira esas flores, mi amor,
Otro tiempo tan bonitas;
Ya han perdido su color,
Y aunque secas y marchitas
Conservan siempre su olor.

Que le guardan regalado,
Esas hojas secas ya,
Como el corazon llagado
Recuerdos del bien pasado
Que nunca mas volverá.
¡Nunca!! ¡Y en eterno afán
Nuestros dias pasarán,
Y en amargo desconsuelo;
Y en vano vueltos al cielo
Nuestros ojos llorarán!
¡Pobre niña! Flor temprana,
Pintada, fresca y galana,
Orgullo del verde prado;
¡Qué pronto el sol se ha nublado
De tu primera mañana!
¡Oh! me ahoga mi afliccion;
Y de su estrecha prision
Quebrantando los cerrojos,
Saliendo van por los ojos
Pedazos del corazon.

Hoy que la suerte desata
Contra tus sueños de plata
Todo su rigor impío,
Tengo valor para el mío,
Pero tu dolor me mata.
Que aumenta del alma el duelo
Verte sufrir, y mirar,
Para eterno desconsuelo,
Tus claros ojos de cielo
Turbios de tanto llorar.
Juntarse ve con horror,
Por mi desdichado amor,
En tus floridos abriles,
Tus lágrimas infantiles
A tu llanto de dolor.
¡Por mi culpa!! ¡Y algun día
Me acusarás con razon!!
¡Perdóname, vida mía,
Perdona; yo te quería
Con todo mi corazon!

¡Ay! ¡Que no hay pena mas dura
Para el alma, ni amargura
Como hallar por todo fruto
Eternas horas de luto
En cambio de su ternura!
¿Lloras, corazon? ¿por qué?
¿Porque en tal trance nos vemos?
¿Porque calumnian tu fe?
Pues esa tu suerte fué,
Corazon mio, lloremos.
Si es tu obligacion callar
Y, aunque te ahogue, ocultar
Tu apasionado latir,
¿Qué tienes ya que pedir,
Ni qué puedes esperar?
Pues el hondo cáliz lleno
Tienes en los labios ya,
Apura todo el veneno;
Mas cumple tú como bueno
Que en eso tu orgullo está.

Sí, bien sé yo que darías
Tu vida entera por ella,
Y si dichosa la hacías,
Tu muerte bendecirías
Y besarias su huella.
Sí, lo sé; pues qué ¿no siento
Ese batallar violento
Con que en el pecho te agitas,
Y cada vez mas irritas
Tu devorador tormento?
¿Pero á qué esa lucha, dí,
Si al cabo rendido cedes?
¿A qué fatigarte así,
Si desenclavar no puedes
Ese amor que vive en tí?
¿A qué tanto batallar
Contra tu fortuna avara?
Deja á los ojos llorar,
Que es inútil tu afanar
Cuando te vende la cara.

Llora, sí, tienes razon :
Y si al mirar tu afliccion,
Haciendo de fuerza alarde,
Hay quien te llama cobarde,
Que te pruebe, corazon.
¡Ojalá! Tal te acosó
La suerte que te tocó,
Que al que tan mal te quisiera,
Que mil pedazos te hiciera,
Le bendeciria yo.
Sí, corazon mio, sí,
La hemos perdido : ¡tan bella!
Mas no importa, sigue así :
Tú no la amabas por tí,
Tú la adorabas por ella.
Si el huracán se abalanza,
Y al fondo del precipicio
Tus dulces ensueños lanza,
Aun te queda una esperanza
Para el postrer sacrificio.

Que en tan obstinada guerra,
De un alma partida en dos
El porvenir no se cierra :
Si las separa la tierra,
Hay un cielo y hay un Dios.

IMPROVISACION.

Improvisacion.

Al pasar los restos de Calderon de la Barca por delante del teatro del Príncipe.

¡Honra á tu nombre! destello
De la divina aureöla :
Los artistas españoles
Te saludan por mi boca.
Humilde es el don, sin duda,
Que hoy á tus plantas colocan :
¿Qué es ese pobre laurel
Junto á tu rica corona?

Corona que al mundo muestra
Entre sus brillantes hojas
La Cena de Baltasar,
O *El Pintor de su deshonra.*
Poco en verdad; pero tú
Lo aceptas desde tu gloria,
Y al aceptarlo, en el cielo
Se regocija tu sombra.
Porque tú comprendes bien
Que, si no brillante joya,
Muestra es de filial cariño
Y respeto á tu memoria.
Tú lo comprendes, lo sé;
Es imposible otra cosa:
La palma del sentimiento
Tu frente mártir corona,
Y las almas que á sentir
El cielo á la tierra arroja
En vano es que las separen
Veinte siglos con sus sombras:

Ellas se estrechan, se hablan
Con palabras cariñosas;
Que el débil cuerpo perece,
Mas para el alma no hay horas.
Nuestras son tus alegrías,
Tus amarguras celosas,
Tus apasionadas quejas
Y tus amantes zozobras.
Que por un misterio santo
Que los profanos ignoran,
Vive contigo el artista
Cuando tus cantos entona;
Tu corazon viene en ellos,
Y al relatarlos la boca
Nuestras almas entrelaza
La inspiracion creädora.
Acepta pues nuestra ofrenda;
Y bajo la yerta losa
Séate leve la tierra
Como inmortal es tu gloria.

Y sigue en paz, y con silencio mudo
Alejarse veremos tus despojos :
Solo nos queda por postrer saludo
Pena en el corazon, llanto en los ojos.

SALMO CXXXVI.

Salmo CXXXVI.

«Super flumina Babilonis.»

Traduccion libre.

A orilla de los rios nos sentamos
Donde la altiva Babilonia impera,
Y al dulce nombre de Sion lloramos,
Que su recuerdo el corazon lacera.
De los sauces altísimos, copados,
Suspendimos los dulces instrumentos
Que un tiempo daban sones regalados
Al compás de los místicos acentos.

A una Fuente.

SONETO.

Del sol de julio la encendida llama
Lanza del cielo su raudal ardiente,
Y en desbordado abrasador torrente
Por los abiertos campos se derrama :
Y cuando el aire á su calor se inflama,
Y seco llega á mi abatida frente,
Tú te reclinas, solitaria fuente,
De frágil musgo en la mullida cama.
Yo caminante, que en mitad del día,
Bajo la encina á cuyo pié murmuras,
Llego á beber en tu corriente fría
De ardiente sed á las instancias duras,
Eterno llevo en la memoria mía
Dulce recuerdo de tus aguas puras.

ELLA.

Ella.

Vuelve á mi mente encendida,
Vuelve, recuerdo adorado :
Tú del corazon llagado
Embelleces el dolor,
Como el mágico preludio
De la lira del Profeta,
Como al alma del poeta
El primer sueño de amor.

Yo la miré, dulce, bella,
Como la flor en su broche;
Como el astro de la noche
Melancólica vagar,
Y pura como su rayo,
Que en los aires se dilata
Y blanca lluvia de plata
Se desliza por el mar.
Con lágrimas de mis ojos
Mi corazon la llamaba;
Al hombre que la adoraba
Volvió su dulce mirar;
Y cual ancha catarata
De los cielos desprendida,
Bajó un torrente de vida
Mi corazon á inundar.
Y huyeron mis tristes sueños,
Y mis noches de quebranto,
Que vino á secar mi llanto
Su acento consolador;

Y resonó en mis oidos
Como un suspiro del cielo,
Como el misterioso vuelo
Del arcángel del Señor.
Y esa voz idolatrada
Su amor, su amor me ofrecía,
Que arrebató el alma mía
Con volcánico poder;
¡Su amor! hombres, ¿lo escuchasteis?
¿Hay algo que valga tanto?
Tierra de amargura y llanto,
¿Qué me puedes tú ofrecer?
La gloria del que en su lira
La Jerusalen cantara,
Y cuya frente adornara
Ancha aureöla inmortal;
O el sepulcro de Virgilio
Sobre el que el laurél se inclina,
Y que el Vesubio ilumina
Como un inmenso fanal:

La gloria del gran soldado
Que los hombres no vencieron,
Y cuyo lauro tejieron
Jena, Marengo, Trancín;
Del que se alzó sobre el mundo,
Y triunfando en todas partes,
Volaron sus estandartes
Del ancho Sena al Kremlín:
¿Qué es el poder, y sus tronos,
Y sus altivas murallas,
Y el laurél de las batallas,
Y la alta gloria inmortal,
Ni el hondo mar encerrando
De sus perlas el tesoro,
Si ella me dice «te adoro»
Con su labio celestial?
¡Angel de amor!... ¡Para siempre
Mi alma á la tuya unida!!
Mira, tal vez de la vida
En el último escalon,

Verás tu imágen mudada
Bajo la arruga enojosa....
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazon.
Sí, que allí junto á la tumba
Mis recuerdos lisonjeros
Como en mis años primeros
En mi pecho se alzarán;
Siendo mis cabellos blancos
Sobre mi frente arrugada
Blanca nieve amontonada
Sobre el hirviente volcán.
Mas si una temprana muerte
Entre nosotros se lanza
Y seca en flor la esperanza
De mi ardiente juventud;
Tú que oiste de mi alma
El juramento primero,
Escucha el voto postrero
Que sonará en mi laúd :

« Cuando de la eterna noche
En la inmensidad perdido
Pase el viento del olvido
Por mi esperanza y mi amor;
» Solo te pido, pues fuiste
Luz de mi vida, mi gloria,
Un suspiro á mi memoria
Y á mi sepulcro una flor. »

SONETO.

Traducido libremente del Dante.

Tan donosa y gentil va mi adorada
Cuando rica de gracias aparece,
Que tiembla toda lengua y enmudece,
Y los ojos humillan su mirada.
Modesta se retira y sonrojada
Cuando se oye alabar como merece;
Y maravilla celestial parece
Á embellecer la tierra destinada.
Una inefable plácida dulzura
Con su blando mirar al alma inspira,
Que mal quien no la vió sentir procura;
Y entre sus labios cariñoso gira
Un no sé qué, tan lleno de ternura,
Que está diciendo al corazon... «suspira».

A.....

A.....

Yo miré tus encantos, ingrata;
Maldicion, maldicion á aquel día
Que por siempre robó mi alegría,
Y á sufrir me condena y llorar.
¡Ah! ¿Por qué del dolor, cielo injusto,
Sello eterno en mi frente imprimiste?
Ya que un alma de fuego me diste,
¿Por qué un alma de fuego no hallar?

Cuando tiende la noche su manto
Tal vez calma del mísero el lloro,
Y halagado con sueños de oro
Una tregua á su mal encontró :
Mas yo siempre velando, y mi pena
Sin hallar esperanza ninguna :
¡Cuántas veces su rayo la luna
En mi llanto infeliz reflejó!
Si á un acento, á una leve sonrisa
Me contemplo ensalzado hasta el cielo,
La verdad con su mano de hielo
Mi ilusion viene al punto á romper.
Mi ventura es la flor del desierto :
Nace pura, gentil, colorada,
Y se agosta del sol abrasada
Cuando apenas empieza á crecer.
Genio horrible me acosa incesante
Que gozando en mi bárbara suerte,
La sonrisa se ve de la muerte
Á su cárdeno labio asomar.

En las alas del austro llevado
Sobre tumbas y escombros se mece,
Y la copa del mal que me ofrece
Gota á gota me fuerza á apurar :
La pasion que mi llanto de fuego
Brota eterno, mi rostro quemando,
La pasion que mi dicha robando
Al abismo me hundió del dolor :
No es de amor esa llama apacible,
Es el fuego voráz del infierno,
Solo, ardiente, volcánico, eterno...
¡Ah! ¡la muerte, la muerte ó tu amor!

A Cristo

En la Cruz.

SONETO.

A la asombrada tierra en anchas gotas
Llega la sangre que á su bien destinas,
Y humilde en ese leño te reclinas,
Tú que la tempestad riges y azotas:
Las nobles palmas por los clavos rotas,
Coronado de bárbaras espinas,
La frente ilustre ante tu hechura inclinas,
Y en tu propia bondad tu acero embotas.
¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
Viendo á los hombres, que en su imbécil saña
Sobre tu sien pusieron los abrojos
Y entre tus manos la irrisoria caña,
Levantar hoy los espantados ojos
Con torpe miedo á contemplar su hazaña.

A ELVIRA.

A Elvira.

CANCION.

Hojas del árbol caidas
Juguete del viento son;
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

ESPRONCEDA.

¡Blanca azucena que mi amor cuidaba,
Al blando soplo de mi amor crecida,
Que el alma en su ternura acariciaba,
Regalo y esperanza de mi vida!
¡Tierno capullo, que entreabrió el rocío
Y el aura coloró con su frescura;
Adorada ilusion, cariño mio,
Blanco lucero de mi noche oscura!

¿Dónde estás ¡ay dolor! que no te miran
Mis tristes ojos de llorar cansados?
¿Por qué mis labios con amor suspiran,
Y no encuentran los tuyos abrasados?
Huyes, luz de mis ojos, y perdida
Dejando el alma que alumbrar pudiste,
De dolor en dolor corre mi vida
En noche lenta, solitaria y triste.
¡Ay pensamiento, en maldecido instante
Concebido por tí!! Ciega te alejas,
Y el corazon que te idolatra amante
Muriendo de dolor y roto dejas.
Contigo van, Elvira de mi alma,
Contigo van las esperanzas mías;
En tus labios dulcísimos la calma,
En tu risa infantil mis alegrías.
¡Lágrimas de dolor y de amargura,
Brotad del corazon, salid sin duelo,
Que es bien que el alma en tanta desventura
Sin tasa llore su perdido cielo!

Ni estrañas son mis lágrimas de angustia,
Que aun brota sangre de la herida abierta;
Y al ver su hermosa flor doblada y mústia,
¡Qué mucho al fin que el corazon las vierta!
¿Qué mucho, si se lleva la esperanza,
Y de un sentido amor la postrer hoja,
Este que triste y lastimero lanza
Mi corazon suspiro de congoja?
¡Ay! tú no sabes lo que el alma herida
Sufre de angustias y de afán prolijo
Al dirigir su eterna despedida
Á un tierno amor de sus dolores hijo.
Es ver huir á un cariñoso hermano;
Es el adios tristísimo y de duelo
De dos amigos que se dan la mano
Para volverse á hallar solo en el cielo.
¿Y pudiste pensar, Elvira mia,
Que el corazon que te adoraba ciego
Amor tan grande rebajar podia
Y aun olvidarte y consolarse luego?!!

No, mi bien; por el llanto que me abrasa,
Por la amargura que en el alma siento,
Que no es el aire que entre flores pasa
Tan dulce para mí como tu aliento.
Ni es á mis ojos la temprana rosa
Tan fresca como tú ni tan galana;
Ni blanca como tú ni tan hermosa
La estrella virginal de la mañana.
¿Te acuerdas cuando aquí, sobre mi pecho,
Tu enamorado corazon latia,
Y el mio entonces en amor deshecho
A los ojos en lágrimas subia?
¿Cómo olvidar, bien mio, las pasadas
Horas que tan dichosos nos hicieron
Cuando mi alma y la tuya enamoradas
Un alma sola confundidas fueron?
Hoy hace un año que tu dulce boca
Entreabierta de amor te llamó mia,
Y al oirlo mi alma ciega y loca
Lástima de los ángeles tenia.

¡Y tantas dichas, y cariño tanto
perdidos para mí rápidos vuelan,
Trocando el que enjugabas dulce llanto
En lágrimas de hiel que no consuelan!
¡Ay pensamiento, en maldecido instante
Concebido por tí!! Ciega te alejas,
Y el corazon que te idolatra amante
Muriendo de dolor y roto dejas.
Yo voy tambien llevado por la suerte,
Desde los secos llanos de Castilla
Donde ya no podrán mis ojos verte,
Del ancho Bétis á la rica orilla.
Cuentan que allí se estienden los jardines
Del verde prado á las incultas breñas
Brotando tulipanes y jazmines
Hasta en la cumbre de las rudas peñas.
Mas ¿qué serán sin tí, mi Elvira amada,
El encantado Edén de sus verjeles,
Ni el soplo de su brisa embalsamada,
Ni sus campos de rosas y claveles?

No tendrán para mí, ni flor tan bella
La verde alfombra de su rico suelo,
Ni tan hermosa y rutilante estrella
El puro azul de su adormido cielo.
Sin tí, dulce ilusion de mis amores,
Solo hallaré fealdad en su belleza,
Y en sus campiñas de pintadas flores
Campos de soledad y de tristeza.
Adios, adios, Elvira de mi alma;
Contigo van las esperanzas mias;
En tus labios dulcísimos la calma,
En tu risa infantil mis alegrías.
Ve, cancion, y á la hermosa en quien miraba
Mi dicha toda, mi ilusion, mi vida,
Tú le dirás... «El mundo no encerraba
Mujer ninguna como tú querida.»
Díle que vive eterna en mi memoria;
Pídele tú que calme mi delirio,
Y no trueque la palma de mi gloria
En la enlutada palma del martirio.

El Sol poniente.

SONETO.

Siguiendo el curso de tu real costumbre,
Luciente Sol, á quien el orbe acata,
Plegando vas tu manto de escarlata,
Flotante ha poco por la azul techumbre:
Salvar te miro la lejana cumbre
Que á mis cansados ojos te arrebata,
Y allá por otros mundos se dilata
Tu rica luz con noble mansedumbre.
Ya ni las auras que los huertos rizan,
Ni de la nieve cándida los ampos,
Ni las flores galanas que matizan
La verde alfombra de los verdes campos,
Alegrarán, ó Sol, el alma mía;
Tú te llevas la luz y la alegría.

A MI HIJO DORMIDO.

A mi Hijo dormido.

Duerme, blanca paloma,
Serafin bello,
Duerme, que mi cariño
Te guarda el sueño;
Y mientras dure,
Tus hermanos los ángeles
Tu cuna arrullen.

¿Qué sueñas, vida mia,
Que así sonríes?
¿Recuerdas de tu cielo
Los bellos íris?
¡Pobre inocente!
¡Sigue, sigue soñando,
No te despiertes!

La senda de la vida
Que ahora comienzas,
De bellos paisajes
Está cubierta:
Y cuando corres
Van tus piés infantiles
Pisando flores.

Mas de ese sol tan bello
Con su cielo azul,
Verás irse apagando
La brillante luz;

Y el sol y el cielo
Entre nubes espesas
Irse perdiendo.

Esas flores, mi vida,
Hoy tan hermosas,
Se van luego secando
Hoja por hoja.
Y llega un dia
En que el alma halla solo
Duras espinas.

¡Yo no sé si sería
Mejor para tí
De tu sueño en las alas
De este mundo huir;
Y puro y bello,
Sin dejar de ser ángel,
Volverte al cielo!

Porque este mundo un valle
De lágrimas es,
Donde las pocas flores
Que suelen crecer,
Se riegan solo
Con el amargo llanto
De nuestros ojos.

De recuerdos lejanos
Viven los unos,
Mientras sueñan los otros
Con lo futuro:
Siendo así cierto
Que para el hombre siempre
La vida es sueño.

En ese mundo, Alfredo,
Que bullir miras,
Es la lealtad un cuento,
La fe es mentira;

Y al fin se seca
El corazon, esclavo
De la cabeza.

Sin contar los dolores
De tu corazon,
Te arrojará á la cara
Tu falta menor;
Y con tus culpas
Pretenderá egoïsta
Cubrir las suyas.

Será en vano, mi vida,
Que generoso
Aceptes inocente
Las culpas de otros;
Que ese heroismo
Nunca el mundo le premia,
Nunca, hijo mio.

Sì eres uno de tantos,
Y gozar quieres
Las tristes alegrías
Que el mundo ofrece,
Seca y amarra
Tus ilusiones bellas
Dentro del alma.

Pero no, Alfredo mio;
Yo en tí hallar quiero
Un alma tan hermosa
Como tu cuerpo:
Y si es preciso,
Antes que reir, llora,
Llora, hijo mio.

Cuando á nuevas ideas
Tu mente abriendo
Las brisas de la infancia
Suenen ya lejos,

Tu triste padre
A llorar sin consuelo
Podrá enseñarte.

¡Ay! será horrible, horrible,
Angel hermoso,
Sin poder enjugarle
Mirar tu lloro;
Y de sus penas
Ver que te lega el alma
La triste herencia.

¡Mira, corazon mio,
Mira qué hermoso!...
¡Por Dios no le despiertes
Con tus sollozos!
¡Ay, mi cariño!
¡Pedazo de mi alma!
¡Pobre hijo mio!

Duerme, blanca paloma,
Serafin bello;
Duerme, que mi cariño
Te guarda el sueño;
Y mientras dure,
Tus hermanos los ángeles
Tu cuna arrullen.

Traduccion del italiano.

Lo pasado no existe; solo deja
Algun recuerdo que en el alma escribe:
Lo futuro se esconde en la madeja
Del tiempo, y solo en la esperanza vive.
Solo existe el presente; mas de modo
Que su fin marcha á su principio junto:
Es, pues, la vida y su misterio todo
Una memoria, una esperanza, un punto.

A UNA FLOR.

A una Flor.

Ven, flor, que llevó en su mano
El alma del alma mía,
Ven, ven á dar alegría
A mi amante corazon;
A este corazon que sabe
Hermanar en su cariño
Con la ternura de niño
Su volcánica pasion.

¡Dichosa flor, que de un ángel
El puro aliento sentiste,
Y su aroma recogiste
Cuando al labio te llevó!
Pura y galana te muestras,
Y con razon orgullosa,
Que no hay boca mas hermosa
Que la que á tí te besó.
Mira á tus pobres hermanas
Que tal dicha no tuvieron
Y en el valle en que nacieron
Olvidadas morirán:
Y lejos del manso arroyo
Y de sus aguas queridas,
Deshojadas y perdidas
Por esos campos irán.
Aun te contemplan mis ojos
Por su mano delicada
Blandamente acariciada
Y envidia te tengo, flor:

¡Ay! deja que el alma sueñe,
De amor delirante y loca,
Que en tí de su dulce boca
Viene un suspiro de amor.
Y no llores lo que pierdes
Ni te agoste el desconsuelo,
Que no de su hermoso cielo
Sola y desterrada vas;
No lo temas, no, flor mia,
Que aquí en mi pecho guardada,
Su imágen idolatrada
Siempre á tu lado tendrás.

CELOS.

Celos.

Saltando quiebras y zanjas;
Corriendo á todo correr;
Mostrando la oculta rabia
La descolorida tez;
Con mil pensamientos locos
En descompuesto tropel,
Y acosado de venganza
En devoradora sed;

Con el agudo acicate,
Desatentado y cruël,
Desgarrando los ijares
De un alazán cordobés,
Que en roja sangre teñido
Y en blanca espuma tambien
Va del codon al pretal
Y de la cruz á los piés;
Tendida la fuerte lanza,
Suelto al aire el alquicel,
Camino va de Sevilla
El celoso Abenamet.
Elvira, su Elvira amada,
Toda su gloria y su bien,
Está de Granada ausente,
Y lleva de ausencia un mes:
Pasó, á instancias repetidas
De sus parientes, á ser
Envidia de las hermosas
Del sevillano verjel,

Y ya en Granada murmuran
Que, atropellando la fe
De sus antiguos amores,
Hase mudado la infiel.
Abenamet ha sabido,
Por su buen amigo Hacen,
Lo que ya repiten todos
Aunque guardándose de él;
Y arrebatado y celoso,
Sin pensar en su deber,
Ni en que ausentándose incurre
En el enojo del rey,
Manda ensillar; y apretando
Al poderoso corcel,
Camino va de Sevilla
Corriendo á todo correr.
Salva montes, cruza llanos
Con violenta rapidez,
Viendo fantasmas horribles
De sus celos á través;

Y en altas voces y broncas
Diciendo va su altivez:
«Venid, moros de Sevilla,
Dos á dos, ó seis á seis,
Que ya, los reales cristianos
Asaltando alguna vez,
Lo que puede un caballero
Contra diez hombres probé.»
Y corre, y corre sin tregua,
Y de su potro á merced,
Corriendo le halla la aurora,
Corriendo el anochecer;
Y al fin, aunque destrozado,
Con gozo infernal se ve,
De polvo y sudor cubierto,
En la puerta de Jerez.
A un tronco el caballo amarra,
Y al palacio en pos se fué,
Saltando de los jardines
La solitaria pared:

Busca, y en hallar no tarda
A Zaida, esclava de Fez,
Que al perfumado retrete
Guía, y le introduce fiel.
Salióse luego la esclava
Del gabinete al andén,
Porque en aquella entrevista
Sobraba uno de los tres.
Lo que allá dentro pasó
No se ha podido saber;
Aunque, pues ellos se adoran,
Fácil de presumir es.
Al rayar el nuevo dia
A entrambos se volvió á ver,
Ella enamorada y tierna,
Curados sus celos él.
Volvióse á Granada Elvira,
Y él á su puesto despues;
Donde venciendo arrogante
A la castellana grey;

SERENATA.

Serenata.

Ya brilla la blanca luna
En el trasparente cielo
Bañando el dormido suelo
Con su dulce resplandor:
Y abren de su puro cáliz
Las tiernas flores el broche,
Y las auras de la noche
Embalsaman con su olor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Deja el lecho regalado,
Elvira del alma mia,
Angel de paz y alegría,
Consuelo de mi dolor;
Y verás nuestro lucero
Con sus vivos resplandores;
Aquel que en noches mejores
Mirábamos con amor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Verás á tu enamorado,
De felicidad sediento,
Puesto en tí su pensamiento,
Sus ojos en tu balcon.
Y oirás al eco lejano
Repetir con voz sonora
Cuánto mi pecho te adora
En su entrañable pasion.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Ven, que al amor nos convidan
El bosque con su murmullo,
Con su placentero arrullo
El viento murmurador:
Y el arroyo cristalino
Que el limpio cielo retrata,
Y lijero se desata
Saltando de flor en flor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Ven, que mis brazos te esperan;
Mira que el tiempo nos tasan;
Mira que las horas pasan
Y con ellas la ocasion:
Ven, y un beso de tu boca,
Que ciego adoro y rendido,
Vuelva la paz que ha perdido
A mi pobre corazon.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Mas ¡ay! que en vano te digo,
Velando al pié de tus rejas,
Con enamoradas quejas
Mi tormento abrasador:
Y sin consuelo me aparto
En la amarga pena mia,
Que viene del nuevo dia
Rayando el primer albor.
Y á ti no llega
Mi triste voz.

Dulce brisa de la noche,
Vuela, vuela cariñosa,
Y lleva á mi Elvira hermosa
Los ecos de esta cancion:
Y al acariciar las flores
Que en esas ventanas miro,
Deja en ellas un suspiro
De mi amante corazon.
Adios, Elvira,
Adios, adios.

A Sevilla.

SONETO.

Lleva hasta el borde de tu régio manto
Riquezas mil el Bétis en su espalda,
Y el alto bergantin llega á la falda
De tus cerrados montes con espanto:
Brotan de flores á tus piés en tanto
Pintados bosques de carmin y gualda,
Y altiva centinela tu Jiralda
Los restos guarda del monarca santo.
Con tu gala y poder dándome enojos
Haces que el alma al recordar se aflija
De mi pobre Castilla los abrojos;
Pero un ejemplo tu altivez corrija;
Vuelve, Sevilla, tus soberbios ojos,
Y en las ruinas de Itálica los fija.

Una Lágrima.

SONETO.

¡Oh cuán hermosa y llena de dulzura
Brillar te miro, lágrima querida,
Del párpado entreabierto suspendida,
Blanda, elocuente, cristalina y pura!
¡Mucha pena ¿verdad? mucha amargura
Guardaba allá en sus senos escondida
Al despedirte el alma dolorida,
Hija de su cariño y su ternura!!
Adios, prenda de paz y de consuelo;
Estrella que benéfica aparece
A templar los dolores de este suelo;
Vuela con esa brisa que te mece,
Y deshecha en vapor vuélvete al cielo,
Que este mundo sin fe no te merece.

UN SUSPIRO.

Un Suspiro.

Noche serena, del dolor amiga,
¡Cómo tu encanto y apacible calma
Bajan del cielo, y la congoja dura
Templan del alma!
Ese de estrellas tachonado manto,
Con que tus hombros colosales prendes,
Sobre la tierra de sufrir cansada
Mágico tiendes.

Ya de la luna cariñoso el rayo
Brilla en la fuente que su luz retrata:
Leve riëla, y tembladoras finge
Cintas de plata.
Blando el murmullo del arroyo limpio
Suena pasando entre las flores rojas:
Mansas las auras con amante beso
Mecen las hojas.
Hora que calla la dormida tierra,
Muda gozando tu feliz sosiego,
Noche serena, del dolor amiga,
Oye mi ruego.
Lleva en las alas de tu dulce brisa,
Llévale al ángel que adorando admiro
Este del alma enamorado y tierno,
Hondo suspiro.
Pero que ruegues á tu brisa blanda,
Plácida noche, el corazon quisiera
Que llegue á Elvira, y por sus dulces labios
Pase lijera.

Mira que horribles en el alma amante
Celos del dia que la alumbra siento;
Mira que tengo, si sus rizos mece,
Celos del viento.
Deje el suspiro, y sin decir se aparte
Que es de mi pecho ni que yo le envío;
No temas, noche, que al sentirle Elvira
Dude que es mio.

AL SOL NACIENTE.

Al Sol naciente.

Es el dia: mirad: ¿no veis distinta
Irse marcando en el tendido oriente
De tibia claridad delgada cinta,
Que empujando las sombras á occidente
Crece, y se estiende, y tornasola, y pinta
De azul y plata el cielo trasparente?
Un dia mas en lo pasado yace:
Un nuevo dia en el oriente nace.

Todo te anuncia, ó sol : de la alborada
Las perfumadas auras susurrantes
Meciendo la floresta de pasada:
Del lucero tan caro á los amantes
La cariñosa luz casi apagada:
Y esas de lumbre ráfagas brillantes,
Que inundan ya la iluminada zona,
Las puntas son de tu inmortal corona.

Y te aclama, te inciensa, te saluda,
De hombres y fieras, de árboles y flores
El número sin fin; todo se muda;
Y se visten de mágicos colores
El monte colosal, la selva ruda;
Y trinan acordados ruiseñores;
Todos á tí sus cánticos levantan,
Y en himno universal los orbes cantan.

La noche al fin despareció lijera
Arrastrando su fúnebre cortejo;

Sube tú, ó sol, á la azulada esfera
Vivificando el mundo á tu reflejo;
Del Atlántico mar que ya te espera
Sal á mirarte en el tendido espejo,
Cuyo cristal de piélagos profundos
En inmenso viril ciñen dos mundos.

Esas de roja púrpura y de gualda
Lijeras nubes á tu empuje rotas,
Baña del prado la mullida espalda;
Hiera la luz que rutilante brotas
Las que cubren su alfombra de esmeralda
De matinal rocío blancas gotas,
Fingiendo así con tus vislumbres ricas
Que de puros brillantes la salpicas.

Mirad, mirad; sobre la enhiesta altura,
Que ardientes cruzan encendidas rayas,
Despliega ya su régia vestidura,
Y en viva luz inunda nuestras playas:

Vedle : entre la selvática verdura
De toscos pinos y robustas hayas
Vívidas llamas de su frente arroja,
Y el monte enciende con su lumbre roja.

Salve, inmenso fanal y refulgente,
Que tras la aurora, tu querida hermana,
Que en alas va del perfumado ambiente,
Con tu manto magnífico de grana
Y entre mares de luz resplandeciente
Vienes con tu grandeza soberana,
Al traspasar las orientales puertas
De par en par á tu camino abiertas.

¡Qué pequeño se mira y deleznable,
Y cómo hundido en su miseria gime
Al contemplar el hombre el formidable
Brazo que en tí la claridad imprime!
¿Qué es él, pobre gusano miserable,
Ante el que hizo esa máquina sublime,

Si eres tú mismo, con riqueza tanta,
Pobre escabel de su divina planta?

Un siglo y otro siglo van pasando
Bajo tu solio de diamante puro,
Y á la honda eternidad ráudos bajando;
Que cual livianas sombras, del futuro
El insondable mar los va soltando,
Y apenas brotan de su centro oscuro
Asoman, llegan, pasan, y se hunden,
Y en remolino eterno se confunden.

Y alcázares, castillos, catedrales,
Torres de acicalados botareles,
Prodigios del buril, arcos triunfales,
Columnas de dorados capiteles,
Pirámides de mármol colosales,
Armados lijerísimos bajeles,
Y ejércitos, y tronos, y conquistas,
Tras ellos van cual frágiles aristas.

¿Qué fué de la opulenta Babilonia?
¿Qué de Ménfis, y Nínive, y Corinto?
¿Y de Troya, y de Tébas, y de Ausonia;
De Creta y su famoso laberinto;
De Cartago, y Palmira, y Macedonia;
Y de Numancia y su inmortal recinto?
Cayó de todas apagado el astro
Dejando apenas de su vida rastro.

Tú entre tanto los giros que acostumbras,
Y te marcaron leyes eternales,
Sigues por ese cielo en que te encumbras:
Y á sus bienes ajeno y á sus males,
Tranquilo, igual, indiferente alumbras
Chozas humildes y palacios reales;
La tierna flor que en el jardin se mece,
Y la amarilla que entre tumbas crece.

Y mientras que en su torpe desatino,
Y con su ciega vanidad iluso,

Luchando el hombre va contra el destino
Por este valle en que su Dios le puso,
Encima de ese pobre torbellino,
Que llega apenas hasta tí confuso,
Cual sobre un hormiguero que pulula
Tu gran bandera reposada ondula.

Déjale que en sus varios pensamientos
Alce templos, y puentes, y obeliscos,
De su loca soberbia monumentos;
Caer los verás de sus altivos riscos
Como viste caer los opulentos
Alcázares feudales ó moriscos;
Como antes viste derrocadas, yermas,
Las de alabastro regaladas termas.

Y esa estension que con tu disco ardiente
En luminosa inmensidad abarcas
Cruza sereno: y si el clamor doliente,
Mientras los dias con tus giros marcas,

Llega hasta tí de la afligida gente,
Seca al pasar las humeantes charcas
De sangre humana, y sigue tu camino,
Abandonando el mundo á su destino.

SERENATA.

La Golondrina.

Ultimos son de cariño
Y de despedida amarga
Esos giros con que vuelas
En torno de tu morada:
Que ya las brisas de otoño,
Bajando de las montañas,
Se van llevando las hojas
De los tallos arrancadas.

Y pronto los aquilones,
Batiendo sus roncas alas,
Se desatarán furiosos
De las cordilleras altas,
Empujando por delante
Cenicientas y apiñadas,
Cargadas nubes que cubran
La tierra de nieve blanca:
Y desnudarán los campos
De yerbas, flores y plantas,
Silbando al pasar violentos
Por entre las secas ramas.
Sí, sí, pobre golondrina,
Tú que puedes, ¿por qué tardas?
Vuela, vuela presurosa
A tus playas africanas.
Contigo llevas tus hijos
Y tu compañera amada;
Vuela, vuela, golondrina,
Y Dios te guie en tu marcha.

Vuela, y cruzando los mares,
En tu travesía larga
Del descanso y la alegría
Fuerzas te dé la esperanza.
No te asusten del desierto
Las arenas abrasadas,
Que el aire de la marina
Templa sus ardientes calmas.
Piensa que amigos te esperan
Para darte regalada
Su sombra los altos bosques
De esa tierra hospitalaria;
Su dulce calor el dia,
La fuente sus puras aguas,
Y blando nido los ramos
De las cimbradoras palmas.
Y cuando en pos del invierno
Las brisas de nuestras playas
Crucen el mar á decirte,
De puro aroma cargadas,

Que una nueva primavera
Su rico manto de grana
Tiende bordado de flores
Por los jardines de España,
Vuelve á la sombra querida
Que te ofrecerán gallardas
Las hojas verdes y nuevas
De esos mirtos y esas parras.
Y si por dicha te acuerdas
Del que tu nido de pajas
Defendió con mano amiga
De infantiles asechanzas,
Y al venir á saludarle
Desiertos los sitios hallas
Donde le viste algun dia
Verter lágrimas amargas,
Es que al fin cayó rendido
En esta horrible batalla
Con los dolores que lleva
En lo mas hondo del alma.

Entonces tú, si no eres
Como los hombres ingrata;
Si no olvidas como olvidan,
Y no pagas como pagan,
Con acento dolorido
Saludarás de pasada
La triste losa y humilde
De su tumba solitaria.

SONETO.

Roto está el lazo, y para siempre roto,
Que tú apretaste con amante orgullo :
De la esperanza se agostó el capullo;
Tu fácil corazon rompió su voto.
La torpe adulacion recio alboroto
En tu alma levantó con su murmullo;
Sigue adormida á su falaz arrullo,
Y no hallarás á tus desmanes coto.
Adios, por siempre adios, de mis amores
Adorada ilusion, estrella mia;
Ella te derribó con sus rigores.
¡Pobre mujer! No envidio su alma fria;
Ni toda mi amargura y mis dolores
Por su impudente calma trocaria.

LA FLOR PERDIDA.

La Flor perdida.

¿Qué manos, pobre flor, de tus pensiles
A ese oscuro rincon te trasplantaron?
¿A ese rincon donde, entre ortigas viles
Que tu blancura virginal mancharon,
Y con duras espinas y sutiles
Tus hojas delicadas desgarraron,
Llorando pasas, al amor perdida,
Las largas horas de tu triste vida?

¿Qué valen para tí la blanca luna
Con su luz melancólica en el cielo,
Ni el aire que, rizando la laguna,
Pasa callado entre el nocturno velo,
Si triste y lejos del que fué tu cuna
Valle querido, y en estraño suelo,
En vez de tus risueños horizontes
Te cercan pinos y nevados montes?

En vano para tí sonoro el río
Va murmurante por la vega llana;
Del hondo centro de la tierra frío
En vano para tí la fuente mana;
Ni una gota te envía de rocío
Ni un beso de sus auras la mañana;
Ni tiene para tí siquiera un rayo
El claro sol del floreciente mayo.

Tal vez el austro en su indomable orgullo
Tus verjeles cruzó silbando ronco

De las selvas espesas al murmullo
Y de la tempestad al grito bronco;
Y entonces tú, que virginal capullo
Al dulce abrigo del amado tronco
Feliz crecias, desprendido fuiste
Y entre el recio huracán aquí viniste.

Yo tambien, pobre flor, tuve risueños
Frescos jardines de esmaltadas flores;
Tambien mecido en regalados sueños
Un porvenir miré rico en colores;
Y tambien tras los breves y pequeños
Bienes que el alma acarició, dolores
Sin tasa sobre mí juntos vinieron,
Y todos y á la vez mi pecho hirieron.

Y tambien como tú lloro perdida
La hermosa flor que el alma enamorada
En sus amantes senos escondida
Guardaba con amor acariciada :

El sol de mi esperanza en su caida
Tambien su blanda luz perdió apagada,
Y en esta triste noche en que me deja
Se lleva el aire mi sentida queja.

Retrato fiel de tanta desventura,
Adios, por siempre adios; que presurosas
Pasen por tí las horas de amargura;
Y acepta, pobre flor, las que amorosas
Y llenas de dulcísima ternura
Bajan hoy á regarte cariñosas
En tu lecho de bárbaros abrojos;
Lágrimas son de mis cansados ojos.

A ZARAGOZA.

A Zaragoza.

¡Salve, noble Ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De Independencia nacional te alzaste
Y al águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!
¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo

Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,
En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazon acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina,
Padron glorioso de española audacia,
No envidian El Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathón y Salamina.
A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso

Por las corrientes límpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecian
Las auras del Moncayo,
Y de tiernos pimpollos que se abrian
Del Sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.
Un grito de repente
Llega hasta tí de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que estraña gente
Entrando va tu profanada tierra :
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, al triste grito
Sigue de cerca el rechinar horrible
De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,

Y el pisar de apretados batallones.
«Alto, á lidiar; ¡traicion! á mí, hijos mios :
» ¡España y Libertad», fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.
  Dignos de tí vinieron
Los que tu brio acometer osaron;
Que á tal no se atrevieron,
Ni delante de tí se presentaron
Con la frente serena,
Sin que antes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.
  Así es mayor tu gloria :
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto

Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco clamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que espira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazon, desnudo el pecho,
En confuso monton van á la carga.
Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerrida gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,
Que en tí sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.
Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un dia

Con increible arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragon ilustres
Temblar hicieron á la gran Bizancio.
Eterna vivirás, ó Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu inmaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestros dias
Otra ciudad valiente
Tus ejemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre rios de fuego moscovita
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.
Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizaste,
Y briosa ganaste

De invicta el nombre que glorioso llevas.
Invicta, sí; invencible;
Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fué porque juntos sobre tí cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron :
Los rigores del cielo te postraron;
Las fuerzas de los hombres no pudieron.

CANCION.

Cancion.

«. . . . . .
. . . . . .
¿Mas qué hallará que le parezca hermoso
El que guarda en el alma dolorida
Que halló feo, y vacío, y mentiroso,
El corazon de una mujer querida?»

MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ.

¿Qué mas, tirana suerte,
Qué mas quieres de mí? ¿Solo y postrado
No tienes ya al que fuerte
Desafió con ánimo esforzado
Tus iras todas y á la misma muerte?

Mírame al fin rendido
Al dolor inmortal y la amargura
Con que mi pecho herido,
Las que esperanzas fueron de ventura,
Llora deshechas y su bien perdido.
Mírame ya sin guia
Por sendas ignoradas caminando;
Y en eterna agonía,
Para mayor dolor, fijas llevando
Tiernas memorias en el alma mia.
¿Qué para mí las galas
De la callada y amorosa noche
Leda cruzando las etéreas salas,
Ni la azucena que al abrir su broche
Embalsama del céfiro las alas?
¿Ni del sol la venida,
Que al asomar en su triunfante marcha
Refleja en la pulida
Cándida alfombra de apretada escarcha
Sobre los verdes campos estendida?

¿Ni esos que al hombre admiran
Mundos de luz, que por el limpio cielo
Con su belleza giran,
Para mis ojos que en amargo duelo
A través de sus lágrimas lo miran?
¡Ay! ¡Para el que dolores
Lleva solo y angustias en el alma,
Rendido á sus rigores,
Ni tiene el aire de la noche calma,
Ni luz el dia, ni los campos flores!
¡Ay de mí! ¿Qué se hicieron
Tus sueños regalados, amor mio?!
Y las dulces palabras ¿dónde fueron,
Que así como en las flores el rocío,
Sobre mi corazon blandas cayeron?
¿Dónde está la serena
Y despejada frente que solia,
Libre de amarga pena,
Reclinarse en mi pecho, cuando mia
¡Ay! se llamaba de entusiasmo llena?

¿Dónde las amorosas,
Las de nieve purísimas mejillas,
Envidia de las rosas
Que allá entre las pintadas florecillas
Se mecen del verjel reinas hermosas?
¿Dó el mirar de sus ojos,
Y de su blando aliento los aromas,
Cuya dulzura vieron con enojos
Blancos inciensos y pajizas gomas,
Cándidos lírios y claveles rojos?
Ya para mí perdido
Todo el bien que mi alma acariciaba
Contemplo y destruido;
Y es á mis ojos lo que tanto amaba
Del cielo de mi amor ángel caido.
¡Ay mi dolor! ¿Quién pudo
Imaginar que así se romperia
El cariñoso nudo
Que enlazado con flores se veia
Y hecho pedazos hoy al golpe rudo?

Ni hasta que al fin los toca,
¿Cómo pudo temer tales amaños
Mi alma de amor loca,
Ni tales artes en tan pocos años,
Ni tal mentira en tan hermosa boca?
En mil pedazos salta
Deshecho el corazon en su tortura,
Y el aliento me falta,
Y mis flores mas bellas la amargura
Con su triste color tiñe y esmalta.
Y así me quejo en tanto;
Que no hay dolor que á mi dolor se iguale;
Y con mi triste canto
En ancha vena de mis ojos sale
De eterno afán desesperado llanto.
Y al hondo precipicio
En que ora estoy, y á desventura tanta
¿Por qué arrojarme así? Ciego y sin juicio,
¿Hubo cosa en el mundo grande y santa
De que yo no la hiciera sacrificio?

Es horrible la herida,
Y el triste despertar es espantoso
Del alma dolorida
«Que halla feo, y vacío, y mentiroso,
El corazon de una mujer querida».
Adios, adios, praderas,
Que el fecundante abril borda y salpica
Con sus flores primeras:
Adios, ó noche, que de estrellas rica
En la mansa laguna reverberas.
Adios, dias hermosos,
Con vuestra aurora de encendida grana:
Brille con sus destellos amorosos
La estrella virginal de la mañana,
Y alumbre vuestro sol á los dichosos.
¡Ay! ¡Para el que dolores
Lleva solo y angustias en el alma,
Rendido á sus rigores,
Ni tiene el aire de la noche calma,
Ni luz el dia, ni los campos flores!

Adios, Cancion doliente,
Ultima acaso que á mi triste lira
De hoy mas dará mi juventud ardiente :
Mi triste corazon tierno suspira,
Pero postrado á su dolor se siente.

Al Sueño.

SONETO.

Ven á mis ojos, ven, tranquilo sueño,
Y entre tus lazos mágicos dormido,
Un instante siquiera dé al olvido
De la enemiga suerte el torvo ceño.
Ten de mí compasion, y tu veleño
Derrama en este pecho dolorido :
Alguna tregua el corazon herido
Al ansia encuentre de su loco empeño.
Deja al que del amor ganó la palma
Y, avaro de su bien, puede temerte,
Pues pierde en goces lo que gana en calma;
Y acude al infeliz que agradecerte
Sabrá en lo mas profundo de su alma
El tiempo que le iguales con la muerte.

SONETO.

¡No mas sufrir, ni con humilde queja
En mi pasion desatinada y loca
Busque la huella de tu pié mi boca!
Vil es aquel que envilecer se deja.
La triste luz de la verdad refleja
En mi alma, y la pena me sofoca;
Pero á su fin mi desventura toca
Mientras de mí tu liviandad te aleja.
Ultimas son de mal pagado llanto
Estas que ardientes en mi rostro miras
Lágrimas de dolor y de quebranto:
Tú de mis ojos el cendal retiras;
Que á deshacer mi vergonzoso encanto
Tú con tu fea ingratitud conspiras.

INDICE.

INDICE.

El Tiempo. . . . . Página 9
Adios al Verano. — Soneto. 21
Recuerdos. 25
Un Barco. — Soneto. 33
A María. 37
Dos años después. — Soneto. 43
El primer cántico de Moisés. 47
Noche sin Sueño. — Soneto. 53
El Paseo. 57
A un Lucero. 71
A Elvira. — Soneto. 77
Una noche en la Alhambra. — Meditacion. . . . 84

El Duelo. 95
Mi Esperanza. 109
A Elvira. — Cancion. 119
A la tumba de Calderon, el dia después de la muerte de Espronceda. 127
Roma moderna. — Traducida libremente de Fulvio Testi. 131
A la Luna. 137
La Flor del Valle. — Para un Album. 145
Soneto. — Traducido libremente del Petrarca. . 149
Las Flores secas. 153
Improvisacion. — Al pasar los restos de Calderon de la Barca por delante del teatro del Príncipe. . 163
Salmo CXXXVI. — Traduccion libre. 169
A una Fuente. — Soneto. 173
Ella. 177
Soneto.—Traducido libremente del Dante. . . . 183
A.... 187
A Cristo en la Cruz. — Soneto. 191
A Elvira. — Cancion. 195
El Sol poniente. — Soneto. 201
A mi Hijo dormido. 205
Traduccion del italiano. 213
A una Flor. 217
Celos. 223
Al Corazon. — Soneto. 229
Serenata. 233

Una Lágrima. — Soneto. 239
Un Suspiro. 243
Al Sol naciente. 249
La Golondrina. 259
Soneto. 265
La Flor perdida. 269
A Zaragoza. 275
Cancion. 285
Al Sueño. — Soneto. 293
Soneto. 295